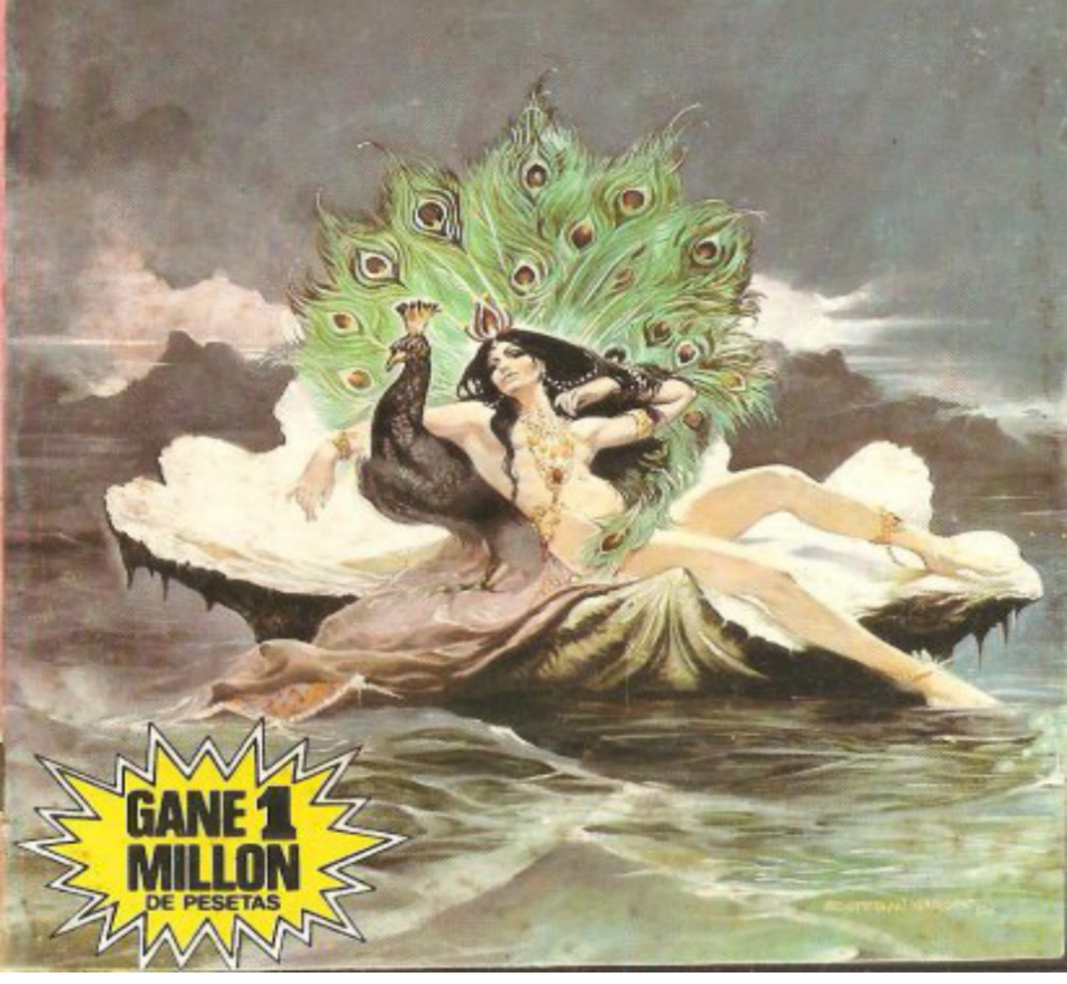


LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
LA GRAN EVOLUCION
Lou Carrigan
GANE 1 MILLON DE PESETAS





La conquista del ESPACIO

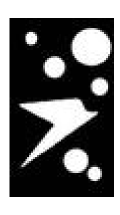
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

732 - *Horror llovido del cielo*. Curtis Garland
733 - *Remolino en el espacio*. Clark Carrados
734 - *Un mundo para Thunderman.* Lou Carrigan
735 - *Dunas vivientes*. Joseph Berna
736 - *La sepultura de los dioses.* Curtis Garland

Lou Carrigan

LA GRAN EVOLUCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 737
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 1683– 1985

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: febrero 1985
1.ª edición en América: agosto, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1985

CAPITULO PRIMERO

Si lo analizaba desapasionadamente tenía que admitir que no podía quejarse de nada.

Absolutamente de nada.

Tenía treinta años, era alto, más bien guapo aunque sin pasarse, tenía un tipo que no estaba mal, poseía un titulo universitario gracias al cual se estaba ganando la vida estupendamente como jefe de unos laboratorios químicos en Miami, y disfrutaba de una salud formidable. Y no acababa todo aquí, nada de eso. Era dueño de una hermosa casa en Key Biscayne, tenía un automóvil último modelo de la Ford, una lancha siempre a su disposición en el embarcadero frente a la casa, y una cuenta corriente que sin ser suficiente para causar la envidia de Rockefeller tampoco estaba nada mal

Vamos, que cualquiera habría dado a saber qué por estar en su lugar.

Y además, llevaba una vida metódica, ordenada y activa. Veamos si no la distribución de la semana: de lunes a viernes trabajaba en los laboratorios; salía de casa a las siete y media de la mañana y a las ocho ya estaba en destino con su automóvil. A las cinco de la tarde emprendía el regreso a casa, a la que llegaba alrededor de las cinco y media. Los fines de semana, es decir, a partir del viernes a las cinco y media de la tarde, su vida era «apasionante»: descansaba el resto del viernes, dedicaba el sábado a pescar y tomar el sol, y el domingo a preparar el trabajo para empezar la próxima semana con empuje, energía y aquella decisión que le había hecho escalar tan alto puesto en los laboratorios Chemical Brothers.

Y ya está.

Es decir, había que hacer algunos matices sobre los diferentes momentos de cada día y de la semana, y sobre los viajes, por ejemplo. Hablemos de los viajes... Como él vivía en Key Biscayne para llegar a Miami tenía que recorrer el propio Key Biscayne hacia el norte, pasar a Virginia Key, y proseguir por la Rickenbacker Causeway hasta la costa continental. A partir de aquí el viaje no valía la pena de ser mencionado. Pero antes, es decir, mientras viajaba por la carretera de los cayos, era otra cosa. Siempre rodeado de pinos, de mar, de sol, de belleza sin fin...

Y es que no vive cualquiera en Key Biscayne, está claro. No por cuestión de dinero, sino por cuestión de gusto de vivir tranquilo. Lugar tranquilo, vaya que sí, aunque allá estuviese la llamada Little White House, la Pequeña Casa Blanca, residencia ocasional de

presidentes norteamericanos en vacaciones. Y un zoo. Y miles de pinos. Y hermosas playas... ¡Caray si se estaba bien en Key Biscayne, caray!

Y bueno, esto era todo.

¿Qué más se podía pedir? Claro, queda añadir que el trabajo era de lo más interesante, y que a él le encantaba. Vamos, que si era químico no se trataba de un empleo fortuito, sino porque él había querido serlo, y ya está.

Sí... ¿qué más se podía pedir?

Pues nada.

A decir verdad lo único que no le acababa de gustar era su nombre. A lo mejor a algunas personas les gustaba, o hasta les hacía gracia, pero a él no le gustaba nada, lo que se dice nada. Hasta el punto de que estaba pensando muy seriamente en cambiárselo. Tenía varios nombres dando vueltas en su cabeza para sustituir al que no le gustaba. Por ejemplo, podía llamarse Eric John Merrywale, que aunque sonaba algo rimbombante tenía su gracia. O Peter Morrison Ford, ahi es nada, O Wilson Carmichael, que éste sí tenía pegada... A decir verdad, cualquiera era mejor que el suyo verdero, eso es, Phileas Wonderline.

¡Qué horror: Phileas Wonderline!

Lo de Phileas siempre le había parecido nombre de abuelito. En cuanto a lo de Wonderline, vamos, ya era demasiado, porque si lo traducían al español (cosa que hacían muchos de los cubanos exiliados en Miami que trabajaban en los laboratorios), quedaba así: Lineamaravillosa. O algo parecido. ¡Y no había poca guasa en la Chemical Brothers con lo de Lineamaravillosa...!

Bronco Wayne.

Bronco Wayne. Ajá: Bronco Wayne. ¡Esto sí era un nombre como para andar por ahí presumiendo de él. «¿Cómo se llama usted señor? Me llamo Bronco Wayne. ¡Caramba, Bronco Wayne, qué nombre tan estupendo, señor! ¿Verdad que sí? Ya lo creo, señor. Pues me lo he inventado yo solito...»

El descapotable pasó como una exhalación por su izquierda, adelantándole, lo que hizo reaccionar a Phileas Wonderline, respingando. Por unos segundos vio flotar en el aire aquella bellísima cabellera rubia que realmente parecía de oro puro, y que se fue perdiendo en la lejanía, como flotando en dirección a Key Biscayne. Flotando sobre el magnífico descapotable, claro.

«Allá va la vecina», pensó con cierta irritación Phileas Wonderline.

Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Sólo sabía de ella que era rubia, que vivía en el chalé de su izquierda, y que tampoco parecía muy dada a las aglomeraciones. La veía especialmente los fines de

semana, trajinando en el jardín, pero también algunas veces ella le adelantaba con su veloz descapotable, sobre todo cuando él quedaba ensimismado y conducía despacio, como en esta ocasión.

Pero la razón la tenía él, claro está. ¿Qué prisa podía tener la rubia en un viernes a las diecisiete veintinueve, vamos a ver? Ganas de tocar las narices, o de presumir de descapotable veloz. O de rubia cabellera suelta al viento de la marcha. Pero... ¿prisa por algo? Claro que no. Phileas Wonderline estaba seguro de que la rubia llegaría a su chalé, metería el coche en el garaje... y ya no tendría nada más que hacer. Bueno, la cena, claro, pero vaya cosa, como si él no se hiciera también la cena, y todo lo que hiciera falta...

Bueno, ¿y por qué demonios tenía que consentir él que una rubia cualquiera le adelantara, vamos a ver? Estaba ya más que harto de estas veloces pasadas que le hacía con alguna frecuencia la rubia. Se acabó. Te voy a dejar con veinte palmos de narices, para que nunca más se te ocurra volver a circular a esta velocidad por tan tranquila carretera.

De modo que Phileas Wonderline apretó el acelerador, y su automóvil pareció muy pronto a punto de despegar. Ni siquiera un minuto más tarde pasaba por la izquierda del descapotable, dejándolo atrás... y llevándose, como pegada a las pupilas, la imagen de la rubia cabellera y del precioso, gracioso, encantador perfil de la rubia conductora. Y no sólo el perfil facial, sino el pectoral. No es que lo hubiese mirado a propósito, nada de eso. Simplemente, había visto las hermosísimas y pletóricas curvas sobre el fino jersey de hilo. ¡Caray con la rubia...!

Aquel viernes, pese a que luego, al llegar a su casa, estuvo mirando hacia la de la rubia con unos pequeños prismáticos, no la volvió a ver. La muchacha se había encerrado en casa, y no salió para nada. Es decir, no salió hasta el anochecer, hora en que Phileas Wonderline desistió de seguir espiándola.

¡Qué cosas más tontas tiene la vida! Apenas a cien metros de él vivía una chica rubia solitaria que estaba pata comerse la, y ni siquiera sabía cuál era su nombre, ni nada sobre ella salvo que era rubia, que tenía unos pecho preciosos (al me nos lo parecía, habría que vérselos al natural para estar seguro) y un descapotable.

¿Qué tal si él cogía una botella de champán, se vestía en plan de deportista simpático, y se presentaba en el chalé de la rubia? Ring, llamaba al timbre. «¿Quién es? Soy Bronco Wayne, chata, abre, que vas a empezar a vivir la vida. ¡Oh, Bronco Wayne nada menos! Pasa, cariño, te he estado esperando toda la vida...»

Caray.

¡Caray!

El sábado, naturalmente, Phileas Wonderline se fue a pescar.

Abordó su lancha y se fue rumbo al sur, para luego virar hacia el este, es decir, hacia mar abierto. La zona era rica en pesca, pero aquel día parecía maldito. Ni una sola picada. Vamos, que ni una. Talmente parecía que ya no quedase un solo pez en el mar. Phileas sabía perfectamente que por allá había bonitos, wahoos, barracudas, pompanos, tar- pones, gruñís, bonefish, snorkeling, jewfish, groupers... ¡Cielos, si había peces por aquella parte! Pues nada. Ni uno. Ni picar, vamos.

Así que, cuando a media tarde, ardiendo de sol y de rabia, regresaba rumbo a casa costeando el cayo por el Sur, llevaba la caña colocada en el soporte y con una magnífica carnada de última hora. ¿Quién sabe? A lo mejor a los peces les daba por empezar a picar al atardecer y se hinchaba de pescar a partir de esa hora...Pero ni así. Cuando pasó por delante de la Pequeña Casa Blanca no había visto ni siquiera un estremecimiento en la poderosa cana. ¡Y eso que habla colocado, además, su anzuelo de gala' Una preciosidad de anzuelo, que sólo utilizaba en las vacaciones, cuando se iba a pescar a sitios de aguas profundas, y que le había regalado aquel pescador mexicano tres años atrás, cuando estuvo pescando en aguas de Acapulco. Era un anzuelo de elegante línea, grande y sólido, con el que se había hartado de pescar la primera vez que lo utilizó, y que posteriormente le había seguido dando buena suerte. Humorísticamente, él lo llamaba El Gran Bestia de Acapulco.

Pero nada. Ni con El Gran Bestia de Acapulco conseguía nada. Y ya estaba llegando a casa. La Pequeña Casa Blanca había quedado atrás, y veía la playa y los embarcaderos de aquella parte de la isla, donde en Silver Lane tenía su casa, dando frente al mar.

—Lo mejor será que recoja —mascullló.

Se sentó tras la caña y comenzó a enrollar el hilo. No esperaba el menor problema, pues por una parte había parado el motor de la lancha, y por otra sabía que aquel fondo el anzuelo de Acapulco no podía engancharse, ya que no había ni una sola roca, todo era arenoso.

¿O sí había alguna roca?

Había notado el suave tirón, y, claro, en un día de tan mala suerte como aquél no podía tratarse de un pez, tenía que ser una roca... Pero nada. Ni roca ni pez, porque cuando tras girar cautelosamente el carrete prosiguió normalmente ya no percibió resistencia alguna.

La notó, y mucha, cuando calculaba que apenas le quedaban diez o doce metros de sedal por recoger. Se colocó bien en el sillín, sujetó con fuerza y habilidad la caña, y continuó recogiendo. La resistencia que notaba era tan fuerte que, por primera vez desde que se dedicaba a la pesca, se alegró de tener una buena musculatura.

—¡Qué bárbaro... ! —jadeó—. ¡Debe ser un tiburón!

Recogió más sedal, con astucia, fuerza y paciencia. El sol era ahora como una llamarada roja flotando sobre la costa del continente, creando destellos de bellísimos colores, pero Phileas Wonderline se había olvidado del sol, de los Chemical Brothers, de la mala suerte de aquel día, y de todo. Su cuerpo y su mente sólo estaban en aquellos momentos dedicados a una cosa: sacar del mar aquel pez, que debía ser un enorme monstruo por su tamaño.

«Santo cielo -—pensó Phileas—. Me va a partir la caña, o se la va a llevar al fondo conmigo incluido... ¡Y hasta se va a llevar la lancha!»

A Phileas Wonderline le dolían las muñecas, la espalda, y todos los músculos del cuello. En su frente aparecieron unas gotitas de sudor, y al poco en su pecho. Muy pronto estaba todo él empapado en sudor. La lancha parecía que fuese a hundirse de popa. En los bordes internos de las manos de Phileas Wonderline se produjo en despellejamiento que provocó sendos surcos sangrientos. Como una revelación, Phileas comprendió que nunca podría sacar del agua aquella bestia que había mordido el anzuelo. Fuese lo que fuese él nunca la podría sacar; debía ser tan enorme que si la veía se iba a desmayar del susto. Así que lo mejor era cortar el sedal, y que se fuese al infierno...

El anzuelo de Acapulco. ¡Si cortaba el sedal aquella bestia se iba a llevar su anzuelo favorito!

—¡La madre que te parió! —aulló Phileas. Y justo en el momento en que se disponía a asomarse por la proa para intentar ver a la enorme bestia, toda resistencia cesó en el sedal. Phileas quedó inmóvil, jadeante. No podía ser. El pez ya no tenía fondo, estaba muy cerca de la superficie, de modo que no podía ser que ni siquiera notase su peso, si es que había muerto o se había rendido...

Muy suavemente, continuó recogiendo hilo. Y muy pronto el sol destelló como sobre plata bruñida al dar en las escamas del pez, que quedó fuera del agua, colgando del anzuelo Pero no por la boca, sino a un lado de la cara, por una mejilla. Es decir, que el pez no había picado, pero el anzuelo se había enganchado en su cabeza.

Bueno, esto solfa suceder, y no causaba pasmo alguno a Phileas. Lo que le tenía pasmado, inmóvil por el asombro, incrédulo, era el tamaño del pez, que no debía exceder del medio metro. Era un buen pez, sin duda, una hermosa pieza, pero Phileas había sacado ejemplares hasta el triple de grandes sin tanto esfuerzo.

El pez lo estaba mirando.

Lo estaba mirando a él.

No era una ilusión, no era un error. El pez lo estaba mirando a él, directamente, con una... expresión de angustia, tal vez de

reproche en sus saltones ojos relucientes. Y ahora que se fijaba, nunca había visto un pez como aquél Nunca. Tenía la cabeza más grande de lo que solfa ser normal, sus aletas eran más grandes, su cola aparecía más hinchada, como deforme... Era un ejemplar diferente, insólito, fascinante. O cuando menos, tenía totalmente fascinado a Phileas, que no acertaba a moverse contemplando el pez que colgaba de su anzuelo favorito.

Y de repente el pez hizo una increíble cabriola, abrió la boca mostrando unos dientes casi cuadrados y cortantes, y de un solo golpe de sus poderosas mandíbulas cortó el sedal, se desplomó a1 agua, y desapareció.



Casi dos horas más tarde, cuando se hallaba todavía consultando el tratado de ictiología que tenía en casa, sonó la llamada a la puerta. Phileas soltó un gruñido, se incorporó del sillón, y fue a abrir, con la mente ocupada por completo por peces de cientos de formas y tamaños. Habla cenado estupendamente después de ducharse, se habla puesto un albornoz, y se sentía maravillosamente relajado y tranquilo, aunque le dolían todavía las muñecas y había tenido que ponerse unas pequeñas curas adhesivas en los bordes de las manos, allá donde habían sangrado.

Abrió la puerta.

La vecina rubia.

¡ Atiza!

—Perdone que le moleste —dijo la muchacha, con voz tensa—, pero ha ocurrido un accidente, y he pensado que usted quizá podría hacer algo por ese pobre hombre...

—¿Qué hombre? —acertó a preguntar Phileas.

—Uno que he encontrado en la playa. Me parece que está ahogado, pero quizá si nos damos prisa todavía se pueda hacer algo por él... ¡Por favor, tiene usted que venir!

Phileas asintió, salió de la casa, y cuando la muchacha echó a correr hacia la playa él corrió junto a ella, en dirección a su chalé, cuya luz iluminaba como en un tono de oro sucio parte de la playa. Y al resplandor de esa luz Phileas vio el cuerpo tendido en la arena, de bruces. Estaba casi delante mismo de la parte de atrás de la casa de la muchacha rubia, y se hallaba completamente desnudo. Llegaron junto a él, Phileas se dejó caer de rodillas en la arena, y con tres dedos buscó en los lados del cuello algún latido que indicase el menor soplo de vida.

En seguida comprendió que no había la menor esperanza al respecto, así que alzó la mirada hacia la muchacha, que permanecía

de pie al otro lado del cadáver.

—No hay nada que hacer —dijo—. Será mejor que llame por teléfono a la policía. Ellos sabrán qué hay que hacer.

La rubia asintió, dio la vuelta, y echó a correr hacia su casa. Phileas estuvo mirándola unos segundos, movió la cabeza, y dedicó de nuevo su atención al cadáver. Estuvo tentado de darle la vuelta para verle la cara, pero maldito si le importaba a él la cara de aquel pobre hombre, y, además, a la Policía nunca le gusta que se toque nada, aunque sea en ocasiones de tan claro accidente como aquélla...

La luz del chalé próximo hacía brillar algo en la mejilla izquierda del muerto. Como una raya, como una línea. Phileas acercó la mano, y sus dedos tocaron el sedal. Se quedó como petrificado. No podía ser. Se inclinó, acercando su rostro al del cadáver, y vio parte del formidable anzuelo hundido en la mejilla.

¡El anzuelo de Acapulco!

La mente de Phileas Wonderline quedó de nuevo en blanco.

Cuando se dio cuenta tenía de nuevo ante él a la muchacha rubia, que le decía algo. Parpadeó. Sacudió la cabeza.

—Perdone... —susurró—. ¿Qué dice?

—La Policía estará aquí en cinco minutos —manifestó ella de nuevo, mirándole con extrañeza.

Phileas asintió. Permanecía de rodillas. Ella estaba donde antes, al otro lado del cadáver, de pie. Llevaba puesto un precioso y gracioso pijama corto, escotado. Claro: era verano... Estaba guapísima, con el cabello completamente suelto. Tenía una garganta preciosa. Y unas piernas fascinantes. «Hola, cariño, soy Bronco Wayne, vengo a hacerte feliz. ¡Huy, qué bien, precisamente estaba soñando en que me hiciese feliz un hombre llamado Bronco...!»

—¿Usted querría hacerme un favor? —murmuró Phileas Wonderline.

—¿Qué favor? —se puso en guardia la rubia encantadora.

—Vaya a su casa y traiga una linterna o algo que nos proporcione luz. Y traiga también un cuchillo: el más afilado que tenga.

CAPITULO II

—Según parece —declaró el sargento Gruson— la cosa está clara en ese sentido: el hombre ha muerto ahogado. Pero es todo bien extraño, francamente. No es normal que en esta zona la gente se bañe desnuda, así que cabría suponer que quizá iba en una lancha tomando el sol, la lancha se hundió, y el hombre se ahogó. Se podrían encontrar mil explicaciones a un accidente como éste que

nos ocupa. Lo que no me gusta nada es lo que le han hecho en la cara.

—¿Qué cree usted que le han hecho? —preguntó Phileas.

—Lo que le han hecho está bien claro: le han estado hurgando con un cuchillo o una navaja. Demonios, tiene un buen destrozo en la mejilla ese pobre hombre, eso es evidente. Lo que me gustaría saber es qué significado tiene.

—Bueno, pero si ha muerto ahogado... ¿qué importa lo de la cara? —refunfuñó Phileas—. Ha podido hacérselo de muchas maneras bajo el agua, con cualquier cosa, y no con un cuchillo, como usted dice.

—Tal vez —y Gruson encogió los hombros—. Ya veremos. De todos modos hay algo raro en esto. Pero en fin, eso es cosa nuestra, de la Policía. Es de suponer que identificaremos pronto el cadáver, y entonces seguro que sacaremos algo en claro con las investigaciones.

—¿Nos necesitarán a nosotros para algo? —preguntó la rubia.

Ernest Gruson estuvo unos segundos mirándola fijamente, pero con amabilidad. A juicio del policía, la muchacha estaba como un tren. Y tenía una casa preciosa. ¡ Vaya nidito de amor! Menuda casa y menuda rubia de ventipoquísimos años. ¡Y menudos ojos azules que tenia la nena, y vaya una boca y.,.! Y el tal Wonderline, en albornoz, hecho un tipazo matador de mujeres. Y van los dos y le cuentan el cuento de que no se conocían más que de vista por ser vecinos, y que ella había visto el cadáver al mirar casualmente hacia la playa, y que había ido a buscarlo porque1 era el vecino más cercano... Menudo cuento. ¿O podía admitirse como verdad?

—No creo —dijo por fin Gruson—. Tenemos su dirección, tenemos sus nombres... Veamos: señorita Martina Parks y señor Phileas Wonderline. ¿Correcto?

—Sí —gruñó Phileas.

—Wonderline —sonrió Gruson—. ¡Caramba, Wonderline! Bueno, en lo que respecta a ustedes hemos terminado, ya que aseguran que ni siquiera conocían al accidentado. He entendido bien eso, ¿verdad?

—Desde luego.

—Y también he entendido que no se conocían entre ustedes. Quiero decir que sólo de vista, de vecindad, vamos.

—Así es.

—Perdonen el incordio —sonrió de lo más simpático Gruson—. No es que pretenda meterme donde no me llaman, pero... ¿no les parece extraño a ustedes mismos?

—¿El qué?—Bueno, ustedes son un par de jóvenes inteligentes y atractivos, se han estado viendo con cierta frecuencia aunque sea de pasada, y... En fin, es como si me dijeran que el imán y el hierro no

se atraen, ¿comprenden? Vamos, que lo normal habría sido que ustedes fuesen... viejos amigos, siendo vecinos. No sé si me explico.

—Se explica usted muy bien —replicó secamente Phileas— pero indudablemente la señorita Parks y yo no estamos en su misma línea mental.

—Ya... —frunció el ceño Gruson—, Ya, ya. Bueno, voy a asegurarme de que las cosas están como a mí me gusta que estén, y les dejaremos en paz. Me despediré de ustedes dentro de unos minutos.

—Qué bien.

Gruson miró con aquella excesiva simpatía a Phileas, movió la cabeza y se alejó. Salió de la casa, donde había dos agentes y un detective, al que llamó por señas.

—¿Alguna novedad, Albert?

—Nada. Bueno, lo que teníamos que ver ya lo vimos. La ambulancia se ha llevado el cadáver, y ya está. Estuvimos repasando las señales de pisadas en la arena, y se diría que la señorita Parks y el señor Wonderline dicen la verdad. O sea, se ven las huellas de ellos yendo y viniendo, pero nunca en dirección al mar o procedente de éste. En cambio, parece más que evidente que el hombre muerto salió del agua, caminó unos pasos, cayó, se arrastró hasta que perdía las últimas fuerzas, y murió.

—¿No hay ninguna duda en ese sentido?

—Para nosotros ninguna.

Gruson hizo un gesto afirmativo, y permaneció absorto unos segundos antes de murmurar:

—Si no fuera por lo de la cara, la cosa no me intrigaría en absoluto. Accidentes hay todos los días, y de muchas clases, pero lo de la mejilla de ese hombre... No sé. Demonios, es raro.

—Si lo identificamos y encontramos a su familia seguro que todo quedará explicado.

—Seguramente. ¿Qué opinas de la pareja de bobos?

—¿Qué bobos? —se sorprendió el detective.

—La señorita Parks y el señor Wonderline... Imagínate: hace tiempo que los dos viven aquí, o sea, que son vecinos que se ven con frecuencia, pero nunca se habían relacionado. Los dos trabajan en Miami, él en unos laboratorios y ella como subdirectora de un consulting. Son jóvenes, sanos, guapos, y viven a menos de cien metros el uno del otro sin hablarse.

—Es el modo de vivir de hoy... —gruñó Albert—. La gente ha perdido el sentido de la cordialidad, e incluso el sentido de la sociabilidad. Cada cual va a lo suyo y considera a los demás como inconvenientes de la vida a los que deben resignarse.

—Menudo asco.

—Cosas de ejecutivos. La gente es más fría que el hielo, sargento. Se lo digo yo: ya nadie sabe ofrecer amistad, ni nada de nada. A mí no me sorprende demasiado la actitud de esos dos, francamente.

—Pues sigo diciendo que es un asco. Y además, la señorita Parks tiene un polvo de muerte.

—Quizá el señor Wonderline sea homosexual.

—¡Hombre, no! — llegó al colmo de la pena el sargento Gruson.

—Los hay así —movió los dedos Albert como formando racimo, con las puntas hacia arriba—. Hoy día hay más maricones que cocos en una selva. Sobre todo entre los tipos con dinero, como es el caso del señor Wonderline... Ahí viene Denis.

Dos detectives más se unieron a Albert y Gruson. Estuvieron cambiando impresiones e informaciones, y finalmente Gruson tuvo que resignarse a aceptar las evidencias. De modo que regresó al interior de la casa de Martina Parks, donde ésta y Phileas Wonderline permanecían en pie uno junto al otro, ante la ventana, en silencio. Gruson tuvo que comprender que los dos les habían estado observando a él y a sus hombres. Ahora le miraban directamente, expectantes. No le gustaba nada aquel asunto. Nada. No era demasiado buen policía, pues de haberlo sido haría años que sería teniente, pero sí tenía un buen olfato de veterano. Y allí había algo extraño.

—Bien —sonrió amablemente—, por el momento hemos terminado. Sólo quería darles nuevamente las gracias y despedirme.

—Muy bien —dijo Martina Parks.

—Se me ha ocurrido que quizá no tendría usted inconveniente en decirnos el nombre de ese sujeto, sargento —indicó Phileas—. Quiero decir que si no le parece mal le llamaré mañana para preguntárselo.

—Mejor el lunes —objetó Gruson—. No tendré inconveniente en facilitarle esa información, señor Wonderline. Al contrario, tal vez cuando sepan ustedes el nombre recuerden de algo a ese hombre.

—No creo.

—Si le conociésemos —añadió Martina— ya lo habríamos identificado, pues no está desfigurado.

—Es verdad... —pareció reparar en ello entonces Gruson—. En fin, se me había ocurrido que si vino a dar a esta playa sería por algo, quizá en busca de alguien a quien conocía.

—En busca de mí no —aseguró Martina.

—Ni en la mía.

—Bueno, pues como en este trozo de playa no hay más que las casas de ustedes, lo dejaremos así. Gracias de nuevo... y hasta la

vista.

Desde la ventana, la señorita Parks y el señor Wonderline vieron marcharse a Gruson en su coche sin distintivos y el coche de la patrulla. El lugar quedó de nuevo en paz, en silencio. Debían ser cerca de las diez de la noche.

Martina Parks miró especulativamente a Phileas, y murmuró:

—Espero no haberme hecho cómplice de nada malo, señor Wonderline.

—Desde luego que no. Y le agradezco su actitud, señorita Parks. Naturalmente se merece una explicación, ahora que disponemos de tiempo... Pero quizá sería mejor que fuese a casa a vestirme.

—¿Va a ser una explicación muy larga?

—No... No, desde luego.

—Entonces no veo por qué ha de molestarse usted en vestirse, si en dos minutos estará de nuevo en su casa.

—Bueno, pensé que podíamos tomar una copa juntos, mientras charlamos.

De nuevo le miró ella especulativamente. Era preciosa, pero había en su actitud, en su mirada, en todos sus gestos, una reserva que casi era frialdad. Los pechos tenían que ser preciosos al natural; nada más había que echar un vistazo por el escote del gracioso pijama para convencerse. Phileas habría sonreído ante el escrutinio de la muchacha, pero algo le dijo que eso sería una equivocación, de modo que se limitó a soportar la mirada, impávido.

—Esta bien... —aceptó ella—. ¿Le apetece un whisky?

—Estupendo.

—Voy a por hielo a la cocina. De paso le traeré el anzuelo que escondimos allí.

Phileas asintió. Quedó solo en la sala, que tenía ventanal a la fachada de la casa y también a la playa. El ambiente de la casa era muy agradable, y por supuesto todo estaba limpio, ordenado y cuidado. Televisor y tocadiscos de las mejores marcas buenos cuadros, libros... Realmente, el sargento Gruson tenía razón: era absurdo que dos personas como él y la señorita Parks nunca se hubieran relacionado, siendo vecinos...

La señorita Parks regresó de la cocina con cubitos de hielo y un paquete hecho con papel de periódico que contenía el anzuelo de Acapulco. Poco después se sentaba en el sofá, señalando a Phileas un sillón frente a ella. Habla tenido que morir un hombre para que Phileas se diese cuenta de que tenia una vecina sensacional., aunque fría, eso sí. Seguro que a aquella jovencita no la ponía en onda ni el mismísimo Bronco Wayne.

—Le escucho, señor Wonderline.

Phileas asintió, y procedió a contar lo ocurrido, despacio, como

si él mismo se estuviese informando más detalladamente al mismo tiempo. La señorita Parks no hizo aspavientos ni mostró sorpresa excesiva, pero estaba evidentemente interesada, sorprendida... y hasta desconfiada.

—Ya comprendo —manifestó Phileas cuando terminó la explicación— que debe parecer le a usted una fantasía, pero no puedo explicarle otra cosa, lo siento.

—Reconozca usted que su relato es bien extraño —replicó Martina.

—Claro que es extraño. Tal parece como si el pez que atrapé con el anzuelo se hubiera convertido en una persona... lo cual es una tontería, por supuesto.

—Quizá la explicación sea mucho más sencilla —sugirió Martina—: el anzuelo que se llevó aquel pez y el que tenia en la mejilla ese hombre no es el mismo. Supongo que hay muchos anzuelos iguales que ése, señor Wonderline.

—Posiblemente haya miles —asintió Phileas—, pero conozco mi anzuelo, señorita Parks. Lo que usted ha dicho es lo que yo pensé en la playa, pero cuando entré en su cocina y examiné el anzuelo con buena luz tuve la certeza de que era el mío.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Es un trozo de hierro y nada más.

—Tiene algunas señales que recuerdo bien. Me gusta pescar, y tengo un buen equipo. Este anzuelo es especial para mi, lo conozco como... como una mujer puede conocer su batidora o su cafetera, ¿comprende? Estoy seguro de que si de repente a usted le cambian su cafetera, o hasta su secador de cabello por otro, lo notará, aunque sea la misma marca y el mismo modelo. Además, como le digo, mi anzuelo tiene señales hechas en rocas, y una cordada de plástico especial. Señorita Parks: éste es mi anzuelo.

La actitud de Phileas no podía ser más firme, y la señorita Parks hizo un gesto y quedó silenciosa. Phileas terminó el whisky de su vaso, y en seguida se dio cuenta de su tremendo error. A menos que pidiese otro whisky ya no tenía nada que hacer allí: había tomado un trago, se había realizado la explicación... «Buenas noches, señor Wonderline».

—Bien —suspiró Martina—, esperemos que la Policía pueda...

—Hay algo más —dijo a la desesperada Phileas, que no deseaba marcharse de allí—: el pez que vi era diferente á todos los que conozco. Y le aseguro que conozco una buena cantidad de peces.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Tal vez hubiera una bandada de peces como el que saqué, y ellos fueran la causa de que no hubiera la pesca habitual en estas aguas. Pudieron asustar a los peces habitantes de esta zona.

—Sí, podría ser —Martina se encogió de hombros.

—Y además, aquel pez tenía los dientes... como cuadrados. Se los vi perfectamente cuando giró en el aire y cortó el sedal después de mirarme de aquel modo.

—¿De qué modo?

—Bueno... De un modo... humano.

Martina quedó estupefacta. Luego exclamó:

—¡Vamos, señor Wonderline...' ¡No me diga que piensa sostener esa... idea de que un pez se convirtió en una persona!

—¿A usted se le ocurre alguna otra explicación? Mi anzuelo se lo llevó un pez clavado en una mejilla. Horas después encuentro en la playa un hombre muerto con el mismo anzuelo clavado en la misma mejilla... ¿Se le ocurre alguna explicación?

—No. Pero eso no quiere decir que no exista. Bueno, señor Wonderline, no se lo tome a mal, pero ya es un poco tarde...

—Sí, claro —masculló Phileas, poniéndose en pie.

Ella le acompañó a la puerta, le dio las gracias por haber acudido en su ayuda, y se despidió sin tenderle la mano. Cerró la puerta cuando Phileas habíase alejado unos pasos, y eso fue todo. Phileas volvió la cabeza, farfulló algo, y, en lugar de dirigirse hacia su casa por la calle, eligió el camino de la playa. Al fondo se veían las luces de Miami, y más arriba la luminaria de Miami Beach. En la bahía destacaban las luces de varias embarcaciones.

Phileas se detuvo en la arena, y se quedó mirando las aguas, que reflejaban luces de colores.

—No tiene sentido —masculló.

* * *

El teléfono sonó cuando había mirado hacia el chalé no menos de veinte veces durante media mañana intentando ver en el jardín o en la playa a la señorita Parks, lo que no fue posible. Tal vez ella estuviese durmiendo todavía, lo que ya sería dormir, desde luego...

—¿Sí? —atendió la llamada.

En una milésima de segundo se lo imaginó, pasó por su mente una escena tremenda, un diálogo telefónico de lo más estimulante: «Hola, ¿es usted Bronco Wayne? Sí, yo soy. Yo soy Martina Parks, ¿me recuerda? Vaya que sí, es usted mi vecina rubia, ¿se le ofrece algo? Pues verá, señor Bronco Wayne, me siento tan sola que si usted quisiera venir a hacerme compañía...»

—¿Señor Wonderline? —sonó en el teléfono y en la realidad la voz masculina.

Phileas regresó velozmente a la decepcionante realidad.

—Sí, soy Wonderline. ¿Con quién hablo?

—Usted no me conoce, señor Wonderline, pero puedo facilitarle alguna información sobre el hombre muerto de la playa. Ya me entiende.

—Sí... Sí, le entiendo. ¿Es usted de la Policía? ¿Me habla de parte del sargento Gruson, tal vez?

—No. Sin duda conoce usted Sands Key, señor Wonderline.

—Por supuesto. Es el primero de los cayos... quiero decir el más grande de los primeros.

—Sí. Bien, si le interesa obtener información sobre su extraño pez diríjase en su lancha hacia Sands Key. Nosotros saldremos a su encuentro.

Phileas iba a continuar hablando, a preguntar cosas, pero al otro lado colgaron el auricular. Lentamente, él también colgó. Lo cierto era que aquel domingo ni mucho menos estaba lo suficientemente concentrado para trabajar, para preparar nada con vistas al día siguiente, así que... ¿por qué no darse aquel bonito paseo en lancha? Eran poco más de diez millas, el día era espléndido... y, además, se le acababa de ocurrir una idea sencillamente formidable.

CAPITULO III

Sin requerimiento alguno respecto a su personalidad la puerta de la casa se abrió casi al segundo de haber pulsado el timbre, y la señorita Parks quedó visible ante él Iba descalza, llevaba unos *shorts* blancos y la pieza superior de un bikini azul, y eso era todo. Para morirse... de gozo.

—Buenos días, señorita Parks.

—Buenos días, señor Wonderline. Le he visto acercarse... ¿Quizá se olvidó algo en casa anoche?

—No. ¿Tiene usted trabajo?

—Nada que no pueda dejar por unos minutos. ¿En qué puedo servirle?

—Bueno... Se me ha ocurrido que quizá le gustaría tener informes directos respecto al... hombre-pez de ayer. Aunque sólo fuese por curiosidad.

—¡Ah! ¿Le ha llamado el sargento Gruson?

—No. Me ha llamado un desconocido, diciéndome que si quiero información sobre el hombre muerto de la playa me dirija a Sands Key. Tengo la lancha preparada... y se me ha ocurrido que quizá le gustaría acompañarme, para convencerse de que yo no invento fantasías. Quiero decir que evidentemente hay alguna explicación... que alguien se dispone a facilitarme. ¿Le interesa?

—Sí. ¿A qué hora calcula que estaremos de vuelta?

—No tengo ni idea. Pero he cargado algunos comestibles en la lancha. Quiero decir que aunque estemos todo el día fuera no tenemos por qué pasarlo mal. A decir verdad no acabo de creerme que alguien pueda darme alguna explicación convincente sobre el asunto. Incluso es posible que se trate de una broma… o de una trampa por parte del sargento Gruson, que no se fue muy convencido anoche… En cualquier caso, hace un día estupendo para pasarlo navegando. Para quien le guste navegar, claro está.

—¿A usted le gusta, señor Wonderline?

—Muchísimo.

—Bien —parpadeó lentamente la señorita Parks—. Le acompañaré, ¿Qué tengo que hacer? ¿Tengo que llevar algo especial…?

—Nada. Tengo de todo en la lancha.

—Pues entonces vámonos —decidió Martina, recogiendo las llaves de la casa de un pequeño armarito situado junto a la puerta.

—Sí tiene que terminar de hacer algo…

—No. Estaba tomando el sol, eso es todo.

—¿De veras? Pues no la he visto en el jardín… Quiero decir que antes de venir miré por si la veía…

—Ya, ya. Comprendo. Es que suelo colocarme entre unos setos que planté especialmente para poder tomar el sol desnuda en la seguridad de que nadie pueda verme desde parte alguna. Por tanto, es natural que usted no me viese, señor Wonderline.

—Pero usted a mí sí.

—En efecto.

La señorita Parks terminó de cerrar la puerta, y se quedó mirando a Phileas con una apenas visible sonrisilla que al químico le pareció por lo menos guasona. Frunció un instante el ceño, señaló hacia su casa, y ambos se encaminaron hacia allá, pasando en seguida a la playa. Caminando por ésta llegaron al embarcadero, donde permanecía amarrada la lancha de Phileas y media docena más, de vecinos situados a la derecha de la casa de Phileas y algo más alejados que la señorita Parks.

Phileas se puso a los mandos, y zarpó. El día era de ensueño en technicolor. Las palmeras aparecían preciosas, el agua estaba cristalina, el cielo resplandecía en azul. Martina Parks se quitó los *shorts* de modo que quedó en bikini.

—¿Me presta una toalla? —pidió—. Me gustaría seguir tomando el sol un poco más, si no le molesta.

—En absoluto —aseguró Phileas—. Dentro encontrará un par de toallas adecuadas.

Martina entró en la reducida cabina de la lancha, y salió al poco

con una gruesa toalla de colorines, que extendió en la reducida cubierta, junto a los mandos que atendía Phileas. La señorita Parks se quitó el sujetador del bikini, se tendió sobre la toalla, suspiró, y cerró los ojos, quedando inmóvil. El señor Wonderline continuó pilotando la lancha impávido al parecer, pero alucinado tras haber visto el par de pechos más fantásticos de toda su vida.

Media hora más tarde, durante la cual los vistazos a los pechos de la aparentemente dormida Martina habían sido frecuentes por parte del señor Wonderline, éste detuvo el motor de la lancha, que se deslizó suavemente sobre las quietas aguas, muy cerca de la arenosa costa de Sands Key. El sol parecía rebotar en mil destellos cegadores en todas partes. Finalmente, la lancha quedó flotando en silencio, con suave balanceo.

—Señorita Parks —llamó Phileas.

Martina abrió los ojos, parpadeó, se colocó una mano de visera, y tras mirar a Phileas y regresar a la realidad se puso en pie. La visión de sus pechos estando ella erguida era absolutamente maravillosa.

—¿Hemos llegado? —preguntó,

—Si… —señaló Phileas—. Esto es Sands Key. Pero no veo a nadie que nos esté esperando. Le aseguro que no es un invento mío a fin de tener una excusa para traerla aquí.

—Ni se me ha ocurrido —rechazó Martina—. No parece usted de esos hombres tontos que recurren a subterfugios para alcanzar lo que quieren. Si lo que deseaba era salir conmigo me lo habría dicho y en paz. ¿O no?

—Supongo que si. No sé si deberla dar una vuelta al cayo, pero me inclino a creer que no. El hombre que me llamó sabe que tengo que llegar por aquí, de modo que no vale la pena complicarse la vida. Ya vendrá. Voy a tirar el anclote, y si desea seguir tornando el sol…

—Preferirla darme un baño, pues me he acalorado demasiado.

—Estupenda idea. Yo haré lo mismo.

—Pues le espero en el agua —rió sonoramente Martina.

Saltó por la borda ágilmente, dejando en el aire diáfano como una bellísima fotografía de piernas esbeltas, de rubios cabellos, de pechos de diosa, de espalda de mármol… Phileas la vio desaparecer bajo el agua, movió la cabeza, y se dispuso a lanzar el anclote para fijar la lancha al fondo arenoso, más bien escaso tan cerca del cayo. Lanzó el anclote, se sentó en cubierta, y se quitó las zapatillas deportivas, luego los pantalones… De repente alzó la cabeza, sobresaltado.

La señorita Parks todavía no había regresado a la superficie. De ser así la habría oído… Habría oído algo: un resoplido, un grito, el

agua al romperse, cualquier cosa. De pronto, envuelto en sol y en silencio apenas alterado por el rumor calmado del mar, Phileas experimentó una sensación de alarma, de extraño temor... casi pavor. Rápidamente miró alrededor de la lancha, sin hallar ni rastro de la señorita Parks. No era posible que ella pudiera estar tanto tiempo bajo el agua. Desde que se había lanzado por la borda habían transcurrido no menos de cuatro minutos. Imposible.

Verdaderamente alarmado, Phileas comenzó a mirar con ansia hacia el fondo.

Y entonces los vio.

Los peces plateados.

Talmente parecía que hubieran aparecido allí por arte de magia, en una cantidad asombrosa. De repente todo el fondo se convirtió en un supermúltipe espejo, millones de escamas comenzaron a reflejar la luz del sol que llegaba al fondo. Era como una alfombra de plata dorada. Eran peces de buen tamaño. Vistos desde la borda parecía que midieran no menos de un metro, es decir, que en la realidad debían medir medio metro aproximadamente. O sea, igual que el pez que se había llevado su anzuelo de Acapulco.

Y la señorita Parks no estaba.

La lancha osciló, y Phileas se volvió vivamente hacia la borda del otro lado, comenzando a expresar su rostro una gran expresión de alivio... que quedó como congelada en sus facciones. No se trataba de la señorita Parks. Durante un par de segundos no reaccionó en modo alguno, porque su mente se negó a admitir el mensaje que le enviaban los ojos; no quiso creerlo. De repente, Phileas jadeó:

—Santo Dios...

Encaramándose dificultosamente a la borda había tres hombres. Es decir, tres peces. ¿O eran hombres? No, no eran hombres, eran peces. ¿O sí eran hombres? ¿Eran peces? Su cabeza era como la de los peces, pero tenían ojos que parecían humanos, y también la forma de la boca. Su cuerpo, que veía sólo parcialmente, estaba recubierto de escamas, pero tenían todavía una cierta forma humana, y, aferrándose a la borda, unas grandes aletas con dedos de piel de pez. Uno de los seres hizo un esfuerzo, y abordó la lancha. Phileas no conseguía moverse. Las piernas de aquel ser, si así podían llamarse, estaban al final del alargado cuerpo tubular escamoso, y eran cortísimas, como sí comenzasen seis centímetros más abajo de unas supuestas rodillas que se adivinaban bajo el cuerpo escamoso.

—Señor... Won...derline... —pronunció penosamente el pez—, no tema... nada... y acom...páñenos...

—Por el amor de Dios —casi gritó Phileas—. ¿*Qué* son ustedes?

—Venga... con... nosotros...

Phileas se llevó las manos a la frente, que sentía hervir. Aquello era algo que atentaba contra todas las realidades que había conocido hasta entonces. Seguía oyendo la voz de aquel pez, que sonaba… como una cosa blanda, como una cosa mojada, y vacilante, como si tuviera el ser dificultades de pronunciación y localización de las palabras. Veía sus dientes cuadrados, sus ojos casi humanos, su cabeza y su cuerpo de pez, sus dedos rudimentarios de persona al extremo de aquellas aletas que parecían bracitos…

—Por… favor —decía el pez—, salte al mar… Le… estamos… esperando…

—Ustedes tienen a la señorita Parks —comprendió Phileas—. ¿Qué han hecho con ella?

—La seño…rita Parks… está bien… Puede… comprobarlo… saltando al… agua…

—En el agua sólo veo peces. ¡Peces como…!—Se lo suplico, señor Won…derline… Salte… No podemos estar más… tiempo con… usted aquí…

Phileas miró a los otros dos hombres-peces, que se descolgaron de pronto. Se oyó el chapoteo de sus cuerpos al caer al agua. El interlocutor de Phileas, que le miraba suplicante, giró, dio unos pasitos, y también se arrojó al agua. Phileas se acercó a la borda de aquel lado rápidamente, vio a los tres peces más grandes que los otros evolucionando cerca de la superficie, pero ni rastro de la señorita Parks…

La vio de pronto.

Es decir, vio tres señoritas Parks.

Pero no. No eran tres señoritas Parks, sino una sola señorita Parks y dos… dos… dos…

Phileas se irguió y cerró los ojos. El sol debía ser más fuerte de lo que pensaba. Seguramente había pillado una insolación que le hacía ver visiones. Porque las sirenas no existen, ¿de acuerdo? ¿O sí existen las sirenas? No, no existen. ¿O sí?

Volvió a mirar por la borda. Ahora, las dos sirenas y la señorita Parks estaban allí mismo, muy cerca de la lancha. Las veía perfectamente bajo el agua. La señorita Parks llevaba un tubo a la espalda, y una conexión que iba desde el tubo a la boca. Una de las sirenas que la acompañaba portaba otro tubo de aire idéntico, y también unas lentes submarinas… que sin duda estaban destinadas a él…

Los tres peces de antes emergieron junto a la lancha. Phileas vio sus cabezotas escamosas, sus ojos humanos, sus bocas de labios casi humanos… Se sintió de pronto enormemente lúcido y sereno. ¿A qué tantos titubeos y pasmos? El estaba consciente y sereno, y lo que estaba viendo era pura y simplemente la realidad.

Una realidad extraordinaria, pero que él tenía que aceptar.

—Señor Won...derline... —empezó a decir uno de los peces.

—Ya, ya —asintió Phileas.

Quedó rápidamente en slip, y, sin más, saltó al agua, dejándose ir hacia el fondo. Abrió los ojos, pero naturalmente lo vio todo borroso. A su alrededor, empero, el mar parecía hervir en destellos. Es decir, que estaba rodeado de peces. De aquellos peces. De peces como aquel que habla muerto convertido en ser humano.

Notó algo en las manos, y supo en seguida que se trataba de los lentes. Regresó a la superficie, al mundo normal, se puso los lentes, y regresó al mundo marino, al mundo de la fantasía, de lo increíble. Ahora pudo ver perfectamente a Martina Parks, que se colocó ante él haciéndole señas. No parecía en absoluto asustada, aunque en el primer momento tenía que haberse llevado un buen sobresalto, porque no podía ser tan, tan, tan fría. Ella llevaba puestos los lentes y el tubo. A Phileas le ayudaron a ponerse el suyo las dos sirenas.

¿O no eran sirenas?

Las miró, ahora que podía desenvolverse con facilidad bajo el agua.

Eran sirenas. O lo que más podía parecerse a la imagen fantástica que tienen los terrestres de una sirena. De cintura para abajo su cuerpo era decididamente de pez. De cintura para arriba, aunque un tanto escamosos, tenían todavía una cierta forma femenina parecida a la de la señorita Parks, si bien sus pechos, no tan rotundos, estaban recubiertos de finas y diminutas escamas y carecían de pezón, o al menos él no acertaba a distinguirlo. Sus cabellos parecían más bien placas de plata, y su rostro, si bien era más humano que el de los peces parlantes, tenía rasgos y algunas escamas de pez.

El conjunto era sorprendente, Impresionantemente hermoso e increíble.

Uno de los peces parlantes se colocó ante Phileas, y le hizo señas que el químico interpretó: quería que le siguiera. Asintió, y comenzó a nadar. Las tornas se habían cambiado: ahora era él quien se movía con enorme torpeza comparado con aquellos seres. El y la señorita Parks (la cual, dicho sea de paso, nadaba muy bien) eran quienes se hallaban en inferioridad más que manifiesta de condiciones.

Pero nadaron rodeados de peces y siguiendo a aquellos tres ejemplares fantásticos, escoltados por dos sirenas. La pregunta era: ¿adonde iban? Por más que Phileas se esforzaba no lograba recordar que en aquella parte del mar hubiera algo interesante, que en aquel cayo se pudiera encontrar algo por lo que valiera la pena molestarse.

Estaba con vencidísimo de ello.

Hasta que vio la nave.

Evidentemente la señorita Parks la vio también, porque le tocó en un brazo. La miró, y vio sus ojos muy abiertos tras el cristal de la lente. Ella señaló hacia la nave, excitada, y él asintió. Ambos volvieron a mirar. Tenía forma da balón de rugby, pero aplastada. Talmente parecía que estuviera hecha con escamas de pez; tal era su brillo en millones de facetas, y por su tamaño podía quizá confundirse con una ballena de las más grandes. Pero su inmovilidad era total, increíble.

Las dos sirenas se adelantaron al grupo, y se introdujeron en la nave por una compuerta que se abrió al llegar ellas, mostrando un fondo oscuro. El pez parlante se colocó ante Martina y Phileas, y les hizo señas con sus manitas escamosas al extremo de sus cortos bracitos. Los dos terrestres comprendieron en el acto, y se introdujeron en la nave detrás de las sirenas. Detrás de ellos entraron los tres peces y algunos de los otros. La compuerta se cerró, la oscuridad fue total... al menos para Martina y Phileas, el cual sintió su mano prendida por las dos de la muchacha. «¿Qué te pasa, chata? ¡Estoy muy asustada? Tranquila, cariño, que aquí está Bronco Wayne para protegerte, amarte y poseerte hasta que la muerte lo liquide. ¡Oh, eres Bronco Wayne, estoy salvada! Seguro que sí, tetalinda, ya puedes decir que has tenido la gran suerte de tu vida...»

Phileas pensó con toda lógica que la nave se había puesto en movimiento, pero no notaba nada. No oía nada, no veía nada, no sentía nada... salvo las manos de Martina Parks sujetando una suya. Con la otra buscó el cuerpo de la muchacha, lo encontró, y deslizó la mano por la cintura y un seno en suave caricia. La respuesta de la señorita Parks fue apretarle la mano con las suyas. Vaya, al menos era agradecida, la señorita Parks. «¡Oh, sí, Bronco, puedes acariciarme y protegerme; me siento tan feliz y segura a tu lado! Pues esto no es nada, chata, cariño, amor, tetona de mis deseos, ¡ya verás en cuanto pueda pillarte en una cama! ¿Qué pasará, Bronco, qué pasará en una cama? ¡Huyyy...!»

La compuerta se abrió, en silencio completo, suavísima- mente, y la luz inundó el compartimento lleno de agua en el que habían viajado. Salieron de la nave de nuevo al mar, con la luz del sol por encima de sus cabezas, quebrándose en millones de reflejos...

Pero no. No era la luz del sol Era parecida, pero aquélla no era la luz del sol.

Martina seguía tomada con una mano de la de Phileas, y subieron así a la superficie, en pos de los hombres-pez. Los dos escupieron en seguida la boquilla y se quitaron la lente. Encima de ellos refulgía la luz, pero no del sol, sino de docenas de puntos que parecían incandescentes, y que proporcionaban no sólo luz, sino

calor.

Pero éste fue solamente el primero de los asombros.

Pronto se dieron cuenta de que estaban en una inmensa laguna subterránea, en cuyas aguas flotaban en impresionante silencio no menos de veinte naves como la que los había llevado hasta allí. Al fondo se veía lo que parecía una playa, o tierra firme, al menos, y por allí deambulaban muchos seres de formas indefinibles. Y por debajo de ellos, sumergidos en las transparentes aguas que ahora parecían de oro, había miles y miles de seres marinos de todos los tamaños y formas, desde la de simple pez corriente a la de calamar, manta, estrella, raya...

Pero tal vez lo más sorprendente era aquella extraña luminosidad que centelleaba en varios lugares del fondo, donde, tras mucho forzar la vista, Phileas acertó a distinguir lo que era: montones de blanquísimos huevos redondos completamente. Como grandes montones de pelotas de ping-pong pero mucho más pequeños que éstas.

El pez parlante sacó la cabeza junto a Phileas y proclamó:

—No hay en todo el universo ningún otro planeta tan hermoso y en el que se pueda vivir tan dignamente como la Tierra.

Phileas tuvo la sensación de que la sangre se helaba en sus venas.

Hasta aquel momento ni por asomo se le había ocurrido pensar que aquellos seres, aquellos «peces» podían ser extraterrestres.

—Dios mío —oyó gemir a Martina Parks.

La miró, todavía demudado, y susurró:

—Tranquilícese. No parece que pretendan perjudicarnos, señorita Parks.

—Pero... ¿no ha oído usted? —jadeó ella—. ¿No ha oído lo que ha dicho este... este lo que sea? ¡Yo he comprendido bien claramente que no son de la Tierra, que han estado... Por ahí, viendo otros mundos, y que finalmente han decidido... quedarse en este? ¡En este, en la Tierra, en *nuestro* planeta!

La cabeza del pez parlante reapareció en la superficie. Sonó su voz blanda, como mojada:

—Nadie tiene derecho a considerarse propietario de cualquier cosa que haya en el universo.

—¡La Tierra es nuestra, de los terrestres! —exclamó Martina.

—La Tierra forma parte del universo, y cualquier forma de vida, del universo tiene el mismo derecho que los terráqueos a vivir en la Tierra.

—¡No? —rechazó la muchacha—. ¡Mil veces no!

—Cálmese —insistió Phileas; miró al pez—. ¿Quién... o qué es usted?

El pez desapareció, para reaparecer a los pocos segundos tras recuperar su aliento bajo el agua.

—Pueden llamarme Fishman I —dijo—. Y ahora, vengan conmigo: voy a llevarles a visitar Fishhome One.

CAPITULO IV

Podían haber esperado cualquier cosa menos aquello.

Fishhome One significaba Hogar del Pez Uno, pero considerando que aquellos extraterrestres disponían de sofisticadas naves submarinas (y por supuesto también debían tener naves aéreas) Phileas y Martina habían pensando, subconscientemente, que Hogar del Pez Uno debía ser una formidable y fantástica ciudad submarina.

Y era submarina. Pero mucho más fantástica que todo cuanto pudieran haber imaginado, no sólo por su forma y acondicionamientos, sino por su material y colorido.

Era roja y azul, amarilla y verde. Era un enorme bosque de corales de todos los colores y tamaños, como nunca habían visto Martina y Phileas ni siquiera en los más extraordinarios libros de divulgación de las bellezas del mar. Era un conjunto cegador de corales asombrosos, que en nada sugerían viviendas más o menos clásicas, habitáculos cerrados o siguiendo determinadas líneas o tendencias. Ni siquiera había en los corales una disposición que pudiera sugerir un mayor conocimiento arquitectónico cuya técnica escapase a dos terrestres normales y corrientes.

Simplemente, era el más grande, bello y extraordinario conjunto de corales que jamás hubieran visto Phileas y Martina.

Y además, flotaba.

Me criaban arraigados en el fondo marino, sino que flotaban entre dos aguas. Y no sólo flotaban, sino que se *desplazaban*. Formaban como un enorme disco móvil que navegaba entre dos aguas, reflejando rayos de sol y toda la hermosura del mar. Por entre los corales había miles y miles de peces de todas clases, algunos con evidentes rasgos humanoides.

El viaje hasta aquel lugar no había sido en absoluto complicado: simplemente, Fishman I, sus compañeros y las sirenas los habían guiado a través de una gruta acuática hasta lo que al parecer era mar abierto, y una vez allí la ciudad de coral había acudido a su encuentro, velozmente. No se veían edificios, ni grutas especiales, ni nada que resultase más chocante e inesperado que la propia masa de hermosísimos corales navegando.

Siempre guiados especialmente por Fishman I se adentraron entre los corales. La variedad de la fauna era asombrosa en verdad.

Incluso había enormes tiburones blancos de negrísimos ojos rodeados de un círculo rojo que rondaron amenazadoramente cerca de ellos, pero sin decidirse a efectuar ataque alguno.

Estuvieron nadando hacia el centro del gran disco de corales, hasta llegar a su centro, que Phileas calculó situado a no menos de un kilómetro del perímetro. Es decir, que Fishhome One tenía un diámetro de un par de kilómetros. Una masa de coral de dos kilómetros, bellísima… y que navegaba.

Y allí, en el centro del gran disco, vieron la gruta mostrando un fondo de tenebrosa negrura, por la que se introdujeron. Martina y Phileas habían perdido todo temor. O quizá, simplemente, comprendiendo que estaban en una situación totalmente incontrolable por su parte, habían decidido obedecer cualquier indicación que se les hiciera.

Así pues, gruta abajo alcanzaron muy pronto un lugar donde, sorprendentemente, había una compuerta que parecía metálica, o tal vez de plástico especial. Esa puerta fue abierta evidentemente por control remoto, y entraron entonces en un compartimento lleno igualmente de agua, pero que comenzó a vaciarse cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos. En cuestión de segundos, sólo quedó en aquel compartimento un nivel de agua de aproximadamente un metro. Entonces, Martina y Phileas se irguieron, y ambos retiraron la boquilla de aire de su boca, aspirando directamente; el aire era fresco, limpio.

La cabeza de Fishman I apareció ante ellos, y Phileas preguntó:

—¿Qué es todo esto?1

—Es una de nuestras ciudades especiales.

—No hemos visto ciudad por parte alguna, ninguna casa o edificio, nada parecido.

—Aquí abajo las viviendas no tienen que ser igual que en tierra firme, señor Wonderline. Basta un agujero para cobijarse, y no son necesarias avenidas ni medios de transporte. Pero hay aquí, en Fishhome One, quien le explicará todo esto mejor que yo. Sigan caminando por el pasillo, hasta que les avisen.

—¿Qué pas…?

Phileas dejó incompleta la pregunta, porque se había abierto otra compuerta, dejando visible un largo pasillo cuyo nivel de agua era de un metro, como el lugar en el que se hallaban. Comenzaron a caminar hacia el fondo de ese largo pasillo. De cuando en cuando cerca de ellos aparecía la cabeza de Fishman I o de alguno de sus compañeros, o veían la plateada cabellera de una de las sirenas, o su bonita cola resplandeciente…

Habían caminado muy poco cuando un hombre apareció ante ellos procedente de un hueco de su derecha. Un hombre.

Un ser humano normal y corriente, de unos cincuenta anos, cabellos largos, rostro amable y agradable, muy tranquilo. Llevaba lentes de graciosos cristales redondos. Era una aparición tan chocante en aquel mundo insólito que Martina y Phileas quedaron inmóviles y mudos de asombro.

El desconocido soltó una simpática carcajada.

—Vengan —invitó, haciendo un gesto amistoso—. Abandonen ese pasillo acuático para andar por tierra firme. ¿Les apetece?

El retrocedió, y Martina y Phileas vieron entonces los escalones del mismo material que la puerta, que ascendían. Subieron por ellos en pos del desconocido, hasta que sus piernas dejaron de estar en el agua. A un nivel conveniente había otro pasillo donde los seres terrestres podían caminar normalmente.

El desconocido les tendió la mano.

—¿Qué tal? —saludó afablemente—. Soy el profesor Niklaus. Sean bien venidos a Fishhome One.

—Gracias —murmuró Phileas, aceptando su mano—. Nosotros somos...

—Oh, ya lo sé. Su visita ha sido debidamente anunciada. Bueno, la verdad es que solamente le esperábamos a usted, señor Wonderline.

—Nadie me dijo que acudiera solo a la cita.

—Sí, sí, tranquilo, no tiene importancia —Niklaus sonrió, soltando la mano que le había tendido Martina—. Al contrario, a todos nos encantará contemplar a una chica tan encantadora como la señorita Parks. Hace tiempo que no vemos una terrestre, y menos desnuda.

—No estoy desnuda —objetó Martina.

—¿No? —Niklaus alzó las cejas, y luego se echó a reír—. ¡Tal vez no esté usted desnuda para el señor Wonderline, pero para mí, una mujer que sólo se tapa el sexo con un trocito de tela está desnuda...! Lo cual, ciertamente, me complace muchísimo. Vengan, vengan por aquí. ¿Cómo les ha ido el viaje?

Martina y Phileas se miraron, y partieron en pos de Niklaus, que les volvía la espalda caminando por el pasillo.

—Bien —replicó Phileas—, pero vamos de sorpresa en sorpresa. Y la de esta... «ciudad» ha sido de las grandes. ¿La han construido los extraterrestres?

Niklaus se volvió a mirarlos.

—¿Extraterrestres? —alzó de nuevo las cejas.

—No me dirá que esos peces que hablan son terrestres... quiero decir seres de la Tierra. Es más: sé de uno que conocí como pez y luego encontré muerto en la playa con forma humana.

—Sí, ya sé... El pobre Peter Rawling.

—¿Peter Rawling? —exclamó Martina—. ¿Tenía nombre de persona?

—Cuando era persona, sí —rió Niklaus—. Rawling era uno de nuestros seres metamórficos, cuyo cometido era realizar misiones en tierra firme. Espero que ustedes entiendan esto.

—No muy bien —murmuró Phileas.

—Peter Rawling y otros muchos como él están destinados en tierra firme, pese a sus ya logradas condiciones marinas. Han sido manipulados genéticamente de modo que puedan metamorfosearse a voluntad, adaptándose al medio que les convenga. Por eso, Rawling apareció en la playa como ser humano normal: la herida recibida le había causado mucho trastorno respiratorio bajo el agua, supo que iba a morir, y decidió aparecer como persona... normal en lugar de que alguien encontrase flotando el cadáver de un extraño pez si nosotros no lo recuperábamos antes.

—¿En qué era extraño como pez?

—Si hubiera sido hallado por algún curioso y lo hubiera llevado a alguien entendido en la materia, habrían encontrado en Rawling órganos y funciones sorprendentes en un pez, se lo aseguro. En cambio, al morir como ser humano, ha quedado completamente normal.

—Pero él no era un ser humano, sino un extraterrestre... como usted —arguyó con voz tensa Phileas.

—En efecto —asintió plácidamente Niklaus.

Martina lanzó una exclamación, y se quedó mirando con expresión desorbitada a Niklaus.

—¿Es usted un extraterrestre? —respingó.

—Evidentemente, señorita Parks. Todos en Fishhome One somos extraterrestres.

—Oh, Dios mío... ¡Debo estar soñando!

—Desde luego que no. Simplemente, y de modo casual, está usted teniendo noticias de la Gran Evolución.

—¿La gran evolución? —murmuró Phileas—. ¿Quiere decir que están realmente consiguiendo convertirse en seres humanos... como Rawling?

—Nosotros señor Wonderline, podemos conseguir todo lo que queramos... o casi todo. Para ser sincero todavía no hemos conseguido el éxito completo que nos garantice la Gran Evolución sin problemas posteriores. Pero estamos trabajando muy intensamente en ello mis colegas y yo. Por cierto, que han venido ustedes a la única ciudad-laboratorio de todo el conjunto.

—¿Quiere decir que hay más ciudades como ésta... por los mares de la Tierra?

—Hay cuatro más, por el momento, pero ésta es la más grande

y perfeccionada. Por eso, cuando se terminó de construir, los laboratorios y todos los centros decisorios del sistema fueron instalados aquí, y comenzamos a numerar las ciudades. Pronto tendremos la sexta, que pensamos destinar exclusivamente a laboratorio, con el fin de que las restantes ciudades alberguen solamente instalaciones y servicios normales de sanidad y educación.

—No puedo creer nada de esto —balbució Martina—, ¡Además, no es cierto que haya varias ciudades como ésta navegando por ahí!

—¿Por qué no es cierto? —se sorprendió Niklaus.

—¡Serian detectadas! Hoy día todos los barcos llevan instrumentos muy perfeccionados para la localización de movimientos y sonidos... ¡No vayan a creerse que sólo ustedes saben construir naves y aparatos!

Niklaus soltó una estentórea carcajada. Parecía estar divirtiéndose extraordinariamente.

—No tenemos la menor duda de que, en efecto, los terrestres disponen de muy diversos instrumentos y de máquinas de navegación de toda clase, señorita Parks, pero le aseguro que las nuestras son mucho más perfeccionadas... empezando por unos sistemas de barreras especiales que nos aíslan por completo de cualquier instrumento de búsqueda. Además, podemos sumergir nuestras ciudades a la profundidad de la negrura absoluta, donde tanto por esa oscuridad como por esa profundidad los terrestres jamás podrán vernos. Si en este mismo momento apareciera acercándose, por ejemplo, un portaaviones norteamericano, sólo tendríamos que colocar nuestras barreras aislantes. Y, si se hacía necesario porque fuese a pasar muy cerca de la ciudad y podrían verla a simple vista, descenderíamos a mucha profundidad, o nos alejaríamos a una velocidad que nunca podría ser igualada ni mucho menos superada por cualquiera de los navíos de que disponen los terrestres. De manera que no tenemos la menor preocupación al respecto.

—Pero... ¿qué es lo que pretenden ustedes? —gimió Martina.

—Ya se lo he dicho: estamos trabajando en la Gran Evolución,..

—La gran evolución que les permitirá invadir la Tierra —susurró Phileas—. Aquellos grandes montones de huevos deben ser crías o embriones de su planeta, y los están manipulando estudiando el modo de conseguir la adaptación perfecta a nuestro planeta. Por el momento lo han conseguido en el mar... Ahora, sin duda están trabajando para conseguir la adaptación en la tierra firme. ¿No es así?

—Es usted un hombre de gran imaginación, señor Wonderline —rió Niklaus.

—¿No es eso lo que están ustedes tramando?

—Sí le dijéramos lo que estamos tramando no nos creerían.

—¿Por qué no?

—Porque la Gran Evolución es algo que está fuera del alcance de la comprensión de los humanos.

—¿Qué es lo que pretenden ustedes que comprendamos? ¿Que han venido a invadirnos... sin malas intenciones? Eso no es creíble en modo alguno, ya que cualquier invasión es perjudicial. ¡Y sobre todo una invasión nada menos que de todo el planeta Tierra? ¿O no es eso lo que pretenden?

—No exactamente.

—¿Pues qué pretenden?

Niklaus estuvo titubeando unos segundos, y por fin sonrió de nuevo y señaló pasillo adelante.

—Por favor, vengan conmigo: quiero presentarles a mis colegas.

Phileas y Martina volvieron a mirarse; el primero hizo un gesto de asentimiento, que más bien era de resignación, y ambos continuaron caminando en pos de Niklaus. Llegaron a un desvío donde había una puerta. Entraron en una pequeña sala, donde Martina y Phileas se desprendieron de los tubos de aire y las lentes, y aceptaron unas batas blancas que les ofreció Niklaus.

Acto seguido cruzaron otra puerta y entraron en el gigantesco laboratorio-acuario.

Era una nave enorme, llena de grandes peceras de todas las formas y tamaños, dentro de las cuales había peces moviéndose, Parecía un deslumbrante mundo en colores y luces de todos los tonos, y de diversas intensidades... Junto a casi todas las peceras había un hombre que, evidentemente, cuidaba de ellas, es decir, de su contenido. Estos hombres llevaban un mono de color azul mar, y no reaccionaron ante la visita. En cambio, un grupo de sujetos, la mayoría de ellos barbudos y ataviados con batas blancas, se acercaron presurosos a los recién llegados.

Ah, Niklaus, de modo que son éstos —dijo uno.

—Seguramente te has precipitado al confiar en ellos —advirtió otro—. Dudo mucho que acepten prestarnos ese servicio.

—Y en cualquier caso —añadió—, se le podía haber pedido al señor Wonderline sin necesidad de que él y su amiga vieran todo esto.

Niklaus, que Iba mirando a uno y a otro sonriente, terminó por hacer un gesto pidiendo silencio, y manifestó:

—Ya conocéis todos a nuestros visitantes. Señor Wonderline, señorita Parks, permítanme presentarles al Grupo Uno de científicos encargados de la Gran Evolución. Aquí donde los ven ustedes, de aspecto tan... frágil, barbudos e inofensivos, son verdaderos genios

de la investigación científica y las manipulaciones genéticas. Ellos son los profesores Atlántico, Mediterráneo, Ártico, Indico, Pacífico, Caspio, Caribe, Azov, Antánico y Báltico... Tenemos más colegas, pero se hallan descansando.

Phileas y Martina habían ido mirando a los personajes tan pintorescamente nombrados, los cuales les contemplaban a su vez con desconfianza y hasta con aprensión. Martina no podía creer que aquellos hombres de aspecto tan humano y de apariencia tan intelectual e inofensiva, fuesen extraterrestres científicamente preparados para organizar la que llamaban Gran Evolución. Era todo tan increíble que la muchacha terminó por sacudir la cabeza.

—Bien —resumió Niklaus—, yo creo que sí había que traer aquí al señor Wonderline, pues de otro modo habría considerado completamente loco a nuestro enviado; no le habría creído en absoluto, y de ninguna manera habría aceptado ayudarnos. ¿No es cierto, señor Wonderline?

—No sé si entiendo bien lo que dicen... —gruñó Phileas—. ¿Es que esperan algo de mí, y antes de pedírmelo tenían que convencerme de que existen?

—Exactamente. Dígame: ¿habría creído usted a alguien que le contase todo esto... sin que usted lo viese?

—Por supuesto que no.

—Pero... ¿lo cree ahora?

—No tengo más remedio. A menos que dentro de un rato me despierte y me encuentre en mi casa y en mi cama.

—Está despierto *ahora*, señor Wonderline.

—Me inclino a creer que así es. ¿Qué es lo que tienen que pedirme?

—Aunque comprendemos que...

—¡Dios mío! —gritó Martina—. ¿Qué es *eso*?

Phileas la miró. Martina parecía a punto de desmayarse, y, mientras la sujetaba por un brazo, Phileas dirigió la mirada hacia el punto que había asustado de tal modo a la muchacha.

Durante tres o cuatro segundos no distinguió bien lo que veía, cosa que sin duda le había ocurrido también a Martina. Pero de pronto Phileas distinguió a la perfección lo que había dentro de una de las rectangulares peceras más próximas a ellos. La cabeza le dio vueltas, y se apresuró a cerrar los ojos. Sabía que había palidecido. Aspiró hondo, intentando serenarse. Tal vez cuando abriese los ojos aquella cosa ya no estaría allí...

Pero cuando abrió los ojos aquella cosa continuaba allí, dentro de la enorme pecera, en el mismo sitio.

Era una cabeza de bebé humano, de grandes ojos fosforescentes, pequeña boca sonrosada, tiernas orejas normales... y cuyo cuerpo era... el de un pulpo.

Un bebé terrestre con cuerpo de pulpo.

¿O se trataba de un pulpo con cabeza de bebé terrestre?

CAPITULO V

—¿Se encuentran mejor? —se interesó Niklaus.

Phileas asintió, mientras Martina se limitaba a mirar fijamente al extraterrestre cuyo aspecto no podía ser más humano.

Se hallaban ahora en un salón de discretas dimensiones en el que, no poco sorprendentemente, había sillones confortables, sofás, librería, tocadiscos... No habría estado mejor acondicionado en cualquier casa acomodada de un acogedor hogar norteamericano. La sola idea de que se hallaba dentro de una ciudad de peces hecha de corales era absurda.

Todo era absurdo y disparatado, nada tenía sentido ni credibilidad.

—Tal vez no debí llevarles allí tan pronto —sugirió Niklaus—. Evidentemente no están ustedes preparados para contemplar los seres que estamos creando con nuestras manipulaciones.

—No entiendo por qué hacen esas cosas... —jadeó Martina—. ¿Acaso no han conseguido ya todo el éxito que pudieran desear?

—Yo soy quien no la entiende a usted ahora, señorita Parks —y Niklaus alzó las cejas de aquel modo característico.

—Está claro que han conseguido el éxito total en sus manipulaciones, y la prueba la tenemos en ustedes mismos, que parecen seres de la Tierra. No sé cómo serán en sus orígenes, pero cualquiera que los vea los considerará terráqueos. Además, han conseguido seres metamórficos, ¿no es cierto? Pues entonces, no entiendo que todavía sigan... sigan haciendo esos... experimentos... ¡Dios mío, era horrible aquella cabeza de niño con cuerpo de pulpo!

—Lo mejor será que se mantenga usted alejada del laboratorio —indicó suavemente Niklaus—, porque si eso la ha asustado mucho me temo que vería cosas que la trastornarían grandemente.

—¡Pero no tienen por qué hacerlo, no tienen por qué crear monstruos, si ya han conseguido la perfección*

—Si lo hacen será por algo —murmuró Phileas—. Deben tener algún proyecto especial basado en esas... criaturas monstruosas.

—Ustedes no entienden... —murmuró también Niklaus—, No hay nada monstruoso en el universo, nada. Puede que se lo *parezca* a ustedes, pero ello no significa que exista lo monstruoso. Todo cuanto vive forma parte de la naturaleza, de un modo u otro.

—Nunca nos pondríamos de acuerdo en esta, discusión —rechazó Phileas la explicación—, porque usted nunca me

convencería de que ha sido la naturaleza la que ha creado aquel niño pulpo... o aquel pulpo niño. Ese... ser ha sido creado por las manipulaciones de ustedes, haciendo... haciendo uso de diferentes genes como... como si se tratase de hacer un cóctel. La señorita Parks tiene razón: ¡deberían dejarse ya de manipulaciones, puesto que han conseguido lo que querían.

—No del todo, señor Wonderline —negó Niklaus, sentándose en otro sillón frente a ellos—. Por ejemplo, nuestros seres metamórficos disponen de una determinada cantidad de tiempo limitada en su... versión humana. Tenemos muchísimos, usted sin duda los vio...

—Desde luego. Y supongo que ellos estaban cerca de mi lancha cuando salí a pescar, y por eso no había peces normales.

—Así es. Bueno, periódicamente nuestros seres metamórficos han de venir al mar, y concretamente a Fishhome One a presentar sus informes detalladamente, y, sobre todo, a efectuar su permanencia en el mar que les permite seguir manteniendo su ciclo de metamorfosis. El día que usted salió de pesca, precisamente, muchos de nuestros seres metamórficos regresaban a tierra firme, para transformarse en seres humanos y proseguir su labor. Y casualmente usted enganchó con su anzuelo a uno de ellos. ¿No ocurrió así?

—Sí... —Phileas entornó los párpados—. ¿A qué labor se refiere usted? ¿Qué labor realizan los seres metamórficos en tierra firme?

—Digamos que buscan... colaboradores.

—¿ Colaboradores?

—Personas de gran valía dispuestos a ayudarnos en la Gran Evolución.

Martina y Phileas estaban atónitos. Y aterrados.

—¿Quiere decir —casi tartamudeó Martina— que... que hay gentes de la Tierra que les están... ayudando en ese proyecto?

—Así es.

—¡Eso es mentira...! ¡Mentira!

—¿Tiene algo que ver todo esto con el servicio que esperan que yo les preste? —inquirió Phileas.

—Así es, señor Wonderline.

—¿Esperan que yo me convierta en uno de sus... colaboradores?

—Nosotros deseamos por el momento pedirle un favor para que realice algo que consideramos urgente.

—¿Qué debería hacer?

—Ir a la casa de Peter Rawling y recoger allá algo que yo le diría. Nosotros no podemos acercarnos por allí.

—¿Por qué no? —desconfió Phileas—. Está claro que ustedes, o algunos de sus colaboradores, pueden llamar por teléfono, lo que indica que están en condiciones de moverse cómodamente por

tierra. No me necesitan a mí.

—Se lo explicaré —anunció pacientemente Niklaus—. No podemos enviar allá a uno de nuestros colaboradores ya establecidos por dos motivos. Uno, que dichos colaboradores son... personas poco dadas a aventuras de riesgo, es decir, generalmente científicos; por otra parte, no podemos enviar a ninguno de ellos, con el riesgo de que la Policía lo detenga si entra en la casa de Rawling, y, al interrogarlo, tal vez llegase a obtener de él informaciones... que podríamos llamar sorprendentes. Dos: no disponemos actualmente de colaboradores en la zona...

—Pues que vayan sus seres metamórficos. Veamos: ¿no fue uno de ellos quien me llamó por teléfono?

—Desde luego. Pero no podemos correr el riesgo de enviarlo a la casa de Rawling. Si el sargento Gruson lo detiene, las cosas se podrían complicar muchísimo. Imaginemos que lo retiene más tiempo del que nuestro ser metamórfico puede permanecer en su aspecto humano, y se transforma en pez y muere asfixiado, o permanece como hombre y también muere asfixiado o ahogado, como Rawling... ¿Qué pasaría si una persona detenida por la Policía falleciera asfixiada en una celda? Se armaría un alboroto tremendo, ¿no es cierto? Y aunque sabemos que al hacerle la autopsia a nuestro metamórfico no encontrarían nada revelador, nosotros preferimos no correr riesgos en ese sentido. Por eso, señor Wonderline, y garantizándole nuestra discreción y amistad, decidimos pedirle a usted ese pequeño servicio.

—¿Qué tendría que recoger en la casa de Rawling? —susurró Phileas.

—Una pequeña libreta que él debe tener oculta en alguna parte. Y junto con la libreta, un pequeño aparato, no más grande que dos puños juntos, y que le parecerá a usted simplemente un bloque metálico.

—Pero, ¿qué es...?

Niklaus titubeó, pero terminó por informar:

—Es un receptor-emisor especial, por medio del cual se establecían contactos de rutina entre Peter Rawling y Metax One.

—¿Qué o quién es Metax One?

—Es nuestro jefe y director de seres metamórficos.

—¿Y dónde está ahora?

—Atendiendo sus obligaciones. Veamos, señor Wonderline, yo no le estoy pidiendo a usted nada perjudicial en modo alguno, ¿verdad? Todo lo que ha de hacer es recoger el radio-receptor y la libreta de Rawling, meterlo dentro de una bolsa de plástico, y tirarlo al mar frente a su embarcadero, donde sería recogido. Sólo eso.

—Sólo eso, ¿eh? ¿Qué cree que pasará si el sargento Gruson ya

ha localizado e identificado a Peter Rawling y me caza dentro de su casa? ¡Me va a acribillar a preguntas!

—No las conteste usted.

—Oiga, sin bromas, ¿de acuerdo? El sargento Gruson ya quedó muy mosqueado con la aparición del cadáver, desnudo y con una mejilla destrozada. Si me caza dentro de la casa del muerto me va a complicar la vida muchísimo, y con razón. Y yo no tendré nada que decirle que pueda convencerle. Porque si me invento alguna mentira, mal Y si le cuento la verdad me meten en un manicomio. ¿Comprende?—Francamente, señor Wonderline, nosotros teníamos el convencimiento de que usted iba a aceptar ayudarnos. Mejor dicho, So tenía yo.

—¿Y eso por qué? —gruñó Phileas.

—Porque precisamente usted estaba en la lista para ser requerido como colaborador nuestro.

—¿Que yo estaba en la lista de,..? —respingó Phileas—. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Con qué base iban a complicarme la vida, de qué me conocían ustedes, vamos a ver?

—Aunque usted nunca se fijase en él, Peter Rawling si se fijó en usted. Era vecino de usted, señor Wonderline. Su domicilio está en el 64 de Random Avenue, que le servía de base para operar en toda Miami. Por supuesto que Rawling se fijaba en todo el mundo, así que usted no podía pasarle inadvertido: vive solo, no tiene familia ni relaciones que pudieran causar complicaciones, no es codicioso, es un hombre inteligente, eficaz, y posee conocimientos de química muy satisfactorios para nuestras... manipulaciones. Debo decirle, señor Wonderline, que sus informes son muy satisfactorios.

Martina miraba con la boca abierta a Phileas, que estaba no menos pasmado que ella. De repente, reaccionó, soltando un bufido.ˆ

—¡Que ustedes me eligiesen no quiere decir qué yo aceptase ser colaborador! —masculló.

—Nosotros preferimos hacer todas las cosas por las buenas —advirtió suavemente Niklaus.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que queremos recuperar esa libreta y ese aparato que tenía en servicio Peter Rawling. Preferimos utilizarlo a usted, y que en adelante siga siendo colaborador nuestro. Pero, señor Wonderline, disponemos de toda clase de medios para recuperar ambas cosas... sea como sea.

Phileas parpadeó. ¿De qué planeta provenían aquellos seres? ¿Qué clase de armas debían tener? Recordó las naves que parecían hechas de placas de plata, sus manipulaciones genéticas, la propia Fishhome One, una ciudad móvil submarina. .. y toda la ciencia y toda la técnica que esto requería le parecieron sencillamente

abrumadoras comparadas con las de la Tierra. ¿A qué complicar las cosas más de lo que ya lo estaban? Además, él podía decir que aceptaba, y una vez estuvieran de regreso en tierra firma hacer sencillamente lo que le viniera en gana.

—Supongo que esos medios —murmuró— no serían nada buenos para las personas que se opusieran a sus deseos, de modo que pienso que no vale la pena complicar más las cosas. Acepto.

—Bien —sonrió de nuevo cordialmente Niklaus—. Estupendo. Respecto a su futura colaboración fija, ya hablaremos más adelante. Ahora procede no perder más tiempo y llevarlos a ustedes de nuevo a su lancha, para que vayan inmediatamente a casa de Peter Rawling a recoger su material. ¿Tal vez preferirla usted integrarse ya en la Gran Evolución, señor Wonderline? Es decir, pasar a formar parte de nuestros grupos activos inmediatamente.

—Creo que no. Debería conocer cosas concretas para saber si decido o no ponerme de parte de ustedes.

Niklaus soltó de nuevo una de sus estentóreas carcajadas que tuvo esta vez un tono enigmático. Pero no se habló más del asunto.

Siguiendo el camino inverso emprendieron el regreso, de nuevo nadando y custodiados por Fishman I, sus dos compañeros y las dos sirenas. Era todo como un sueño del que pronto despertarían, cuando estuvieran de nuevo a pleno sol, junto a Sands Key y en la lancha de Phileas.

Pero cuando estuvieron en la lancha talmente pareció que la pesadilla aumentase, que los despropósitos y los sustos fuesen todavía mayores. Allá apareció, procedente de la cabina, el ser más espeluznante que podían haber creado la imaginación de Phileas y Martina.

Tal vez medía dos metros de estatura, y su cuerpo era delgado y palpitante de músculos bajo una piel que parecía de goma pútrida. Sus brazos y sus piernas eran cortos y gruesos, y lo más espeluznante de todo, su cabeza era talmente como la de un tiburón, salvo algunos rasgos y formas que recordaban vagamente las de un ser humano. Su boca, empero, era enorme y tenía tres hileras de dientes, y sus ojos, que parecían de cristal sucio, se movían como si fuesen de una máquina, no de un ser vivo. Era tan horrenda esta aparición que Martina Parks estuvo tentada de saltar de nuevo al agua, con las graciosas sirenas y el amable Fishman I y sus amigos, y hasta con los miles de peces metamórficos que todavía estaban por aquellas aguas saturándose de vida marina para poder regresar por otra temporada a su cometido terrestre…

—Yo soy Metax One —declaró el horrendo ser medio hombre medio tiburón—. He sido encargado de recoger el material que usted arrojará al agua frente a su embarcadero, señor Wonderline.

—Está bien... —consiguió articular Phileas—. Pero no me diga que va a viajar en la lancha con nosotros.

—¿Tanto les disgusta mi presencia?

—No se trata de eso —explicó Phileas—, sino de que alguien podría verlo a usted desde otra embarcación o desde una avioneta o helicóptero. Hay muchas embarcaciones y avionetas por esta zona. Incluso dirigibles.

—En realidad ustedes están horrorizados por mi aspecto. Especialmente la señorita Parks.

—Nadie le ha ofendido a usted —gruñó Phileas.

—¿Ofenderme? ¡Esta es buena! ¡No podrían ofenderme aunque lo intentasen de mil modos diferentes! ¡Si ustedes supieran la verdad, comprenderían que son los seres más abyectos del universo!

—¿A qué verdad se refiere?

—Sólo hay una verdad. Piense en ello, y quizá llegue a vislumbrarla un instante.

—La verdad, aunque realmente fuese sólo una, lo cual es muy discutible, puede presentar muchos aspectos., —replicó Phileas—-. Pero no tengo ganas de discusiones filosóficas. Además, por si no ha sido informado de ello, no es precisa- mente tiempo lo que nos sobra.

Los crueles ojos como de cristal blando, arrugado y sucio, se posaron en Martina, que se había abrazado a la cintura de Phileas, y recorrieron su cuerpo prácticamente desnudo, recreándose de modo especial en los hermosos pechos de la muchacha. Luego, sin decir nada más, el escalofriante Metax One giró lentamente y saltó por la borda, desapareciendo bajo las aguas como una negra amenaza de muerte.

—Dios mío... —tembló la voz de Martina—. ¡No he visto nunca en mi vida nada tan horrible! Y su mirada... su mirada... es tan cruel que me ha... me ha hecho sentir un miedo profundo y frío...

—Evidentemente cometí un error al invitarla a usted a dar un paseo en lancha —masculló Phileas—. De verdad lo siento. Por fortuna todo ha terminado razonablemente bien, y podré dejarla sana y salva en su casa.

Martina retiró su brazo de la cintura de Phileas, y lo miró desconcertada.

—¿Quiere decir que no voy a acompañarle a casa del ser metamórfico llamado Peter Rawling?

—Claro que no.

—¿Y por qué no? —se molestó ella—. ¡Podría ayudarle a buscar esa libreta y la caja metálica...!—Eso va a ser muy comprometido, señorita Parks. Francamente, no veo la necesidad de que si la Policía ya ha identificado a Rawling y está en la casa, o ya ha estado en ella

y ahora la vigilan, la vean a usted conmigo cometiendo un acto ilegal

—Pero... ¿de qué está usted hablando? —exclamó Martina—. ¡ Acabamos de regresar de una pesadilla y me habla usted de un acto ilegal? Cielos, señor Wonderline, acabamos de enterarnos de que se está preparando una invasión de miles de millones de seres genéticamente manipulados para conseguir esa Gran Evolución... ¡y usted me habla de que es ilegal entrar en una casa?

—Tiene razón —frunció el ceño Phileas—. He dicho una tontería. De todos modos, no creo que deba usted correr riesgo alguno.

—¿Y usted sí?

—Es diferente.

—¿Sí? —se tornó agresivo el gesto de la bella Martina—-. ¿En qué es diferente? ¿En que usted es un Gran Macho Valiente y yo sólo soy una hembra indefensa?

—No he querido decir nada semejante —farfulló Phileas—. Solamente trato de no complicarle más la vida.

—Pues ya no está a tiempo. ¿No comprende que esos... esos seres de otro mundo no me dejarán en paz a mí? Sé tanto como usted de ellos, así que he entrado en sus planes, proyectos y precauciones. Puede tener la seguridad de que lo mismo que tengan pensado para usted habrán pensado para mí. Y si he de serle sincera no me hace nada de gracia, porque pienso que después de tanta información no permitirán que quedemos libres y en condiciones de transmitirla a las autoridades o a quien pueda tomar las medidas que se consideren convenientes.

—De nuevo tiene razón —admitió Phileas—. Así que de acuerdo. Vamos a regresar, nos vestiremos, y nos daremos una vuelta por Random Avenue, a ver cómo está el ambiente. Por fortuna los domingos por la tarde todo suele estar muy tranquilo y solitario.

CAPITULO VI

Sentado al volante del descapotable de Martina Parks, Paleas Wonderline vio aparecer su propio automóvil, que conducía la muchacha. El plan lo habían tramado durante el regreso en lancha: ella pasearía con el coche de él por las cercanías de la casa de Peter Rawling, mirando a todos lados, por si veía algo que pudiera sugerir la presencia de la Policía o cualquier otra cosa sospechosa o inquietante. Si así era, los dos se irían, cada uno en un coche, si por el contrario, todo estaba en calma, es decir, que la Policía no había

conseguido todavía identificar y localizar d raer Rawling, los dos volverían a la casa de Random A verme en el coche de Phileas, más discreto, dejando el descapotable de Martina a conveniente distancia.

Incluso habían previsto el problema de entrar en una casa cuya puerta, lógicamente, debía estar cerrada. Todo lo que tendrían que hacer sería cortar un cristal de una ventana con un tallador de fontanero que Martina aseguró tener en su casa desde la última vez que tuvo que cambiar los cristales de una ventana y decidió hacerlo por sí misma.

Así pues, todo estaba previsto y medido... si es que no había nada preocupante a la vista, cosa que pronto sabría Phileas, pues en cuanto su coche conducido por Martina se detuviera junto al descapotable él se sentarla al lado de la muchacha... «Hola, amor, ¿todo bien? Sí, cariño, no hay moros en la costa, podemos actuar. Terminaremos pronto, nena, porque tengo ganas de volver a nuestro cubil y meterte media docena de polvos. ¡Oh, Bronco!, ¿de verdad me harías tan feliz...? Seguro que sí, nena, porque hoy es mi día de las buenas acciones samaritanas, y porque además me gustas más que la carne con cebolletas. ¡Bronco de mi vida, qué feliz me estás haciendo...! ¿Ya? ¡Es que sólo con tus palabras ya me siento explotar...! Pues hija, espera a que estemos en guerra sexo contra sexo, que te vas a enterar de lo bueno que es perder una batalla... ¡Bronco, me estás excitando tanto...! Vaya, encanto, no me digas que quieres un adelanto aquí mismo, en el coche... ¡Oh, sí, Bronco amado, mi bestia primitiva, hagamos el amor aquí, ahora, con toda nuestra alma...! Bueno, no va a ser precisamente con el alma, cachonda, pero ahí va lo bueno...»

—¡Señor Wonderline!

Phileas respingó, parpadeó, y se quedó mirando con expresión desorbitada a Martina Parks, que desde su coche le estaba llamando asomada a la ventanilla derecha, con expresión tensa, preocupada. Reaccionando, Bronco Wayne... es decir, Phileas Wonderline, salió del coche de Martina y pasó al suyo, detenido apenas a un metro en la calzada. Martina se desplazó para colocarse de nuevo ante el volante, y él se sentó a su lado. La muchacha seguía mirándole preocupada.

—¿Le ocurre algo, señor Wonderline?

—No, no... Claro que no.

—Es que ponía una cara... No sé, como... como si le doliese algo.

—No... —masculló Phileas—. Le aseguro que no me duele nada. Sólo estaba un poco distraído... pensando en mis cosas. Bien, ¿cómo está eso?

—He pasado tres veces y no he visto nada que me pareciera preocupante. Es claro que si la Policía ha decidido vigilar habrá sabido esconderse bien, pero yo diría que tenemos el camino libre. Y si quiere que le diga lo que pienso, me parece normal.

—¿Qué es lo que le parece normal?

—Que la Policía no haya localizado a Peter Rawling. Y ello porque tampoco es precisamente fácil que lo identifiquen, no sé si me comprende.

Phileas pareció caer de pronto en la cuenta, y exclamó:

—¡Tiene razón! Vaya, no se me habla ocurrido pensarlo... ¡Claro que no identificarán nunca a Peter Rawling, puesto que no existe!

—Eso he pensado... —asintió Martina—. Naturalmente que se trata de un nombre falso cualquiera, inventado para que se mueva por nuestro mundo un ser de otro planeta... Rawling no era un terrestre, sino un... un embrión de otro planeta manipulado para adoptar la forma humana. Por tanto, así que será más difícil que encuentren una casa a nombre de alguien que no existe.

—Estupendo —terminó por sonreír Phileas—. ¡Bueno, esto va a simplificar mucho las cosas, señorita Parks!

—Esperemos que así sea, señor Wonderline —replicó fríamente la muchacha.

Y arrancó. En un minuto pasaban por delante de la casa número 64 de Random Avenue. No se veía un alma, y era imposible pedir más tranquilidad en un lugar habitado. Al final de la avenida flanqueada de palmeras se veía el azul del mar, de un tono intenso de belleza impresionante.

—Bueno, ¿y por qué no se quedan en el mar? —murmuró Phileas.

—¿Qué?

—Los extraterrestres. ¿Por qué tienen que invadir la tierra, por qué no se quedan en el mar? Puesto que vienen de otro mundo en el que, debemos suponerlo así, la vida o las condiciones de vida terminaron, opino que no deberían ser tan exigentes, y quedarse en el mar. Además, tal vez salieran ganando. No se me ocurre nada para considerar más valiosa la vida en la tierra que en el mar. Y si me apuran, ni siquiera más hermosa.

—Yo creo que la solución es mucho más simple —murmuró Martina—: esos extraterrestres lo quieren TODO. Lo que significa que cuando estén preparados, cuando hayan conseguido su Gran Evolución, invadirán la tierra además de tener ya controlado el mar. No es una perspectiva maravillosa, ¿verdad?

—No, no lo es... —la miró serenamente Phileas—, pero tal vez encontremos alguna solución.

—¿Como en las películas de ciencia ficción? Desengáñese, señor

Wonderline: ni nosotros somos los protagonistas de una película ni las cosas se presentan fáciles en modo alguno.

—Debería existir una solución.

—Imposible.

—No para Bronco Wayne.

—¿Qué? ¿Quién es Bronco Wayne?

—Será mejor que nos decidamos a entrar en la casa —farfulló Phileas—. Y sin más complicaciones ni comedias: pare el coche delante mismo.

Desconcertada, Martina condujo hacia la casa, detuvo el coche delante, apagó el motor, y miró a Phileas, que asintió y se apeó. La muchacha lo hizo inmediatamente, esperó a que él tras rodear el coche llegase a la acera, y caminaron juntos hacia la casa.

Esta no era demasiado grande, pero sí se veía confortable y muy agradable y bien conservada. En la parte delantera tenía un jardín en su mayor parte ocupado por césped cuidadísimo y algunas palmeras. Había también arbustos de flores. Y un sendero de losas de piedra rosa por entre las cuales crecía la hierba, que estaba muy bien recortada. Todo producía una sensación acogedora, de agrado de vivir.

La puerta estaba cerrada, por supuesto, y Phileas ni siquiera se molestó en llamar. Rodeó la casa, pasando a la parte de atrás, siempre seguido de Martina. Con el tallador de cristales recortaron uno de éstos lo suficiente para introducir la mano, alzar el pestillo del cierre, y luego levantar la ventana de guillotina. Segundos más tarde los dos estaban dentro de la casa, en uno de los dormitorios. Había un silencio como hecho de sol, de sueño, de relax,.. Al parecer ninguna ventana tenía completamente cerradas las persianas, así que el resplandor solar allá dentro era intenso, bello, tranquilizador...

—Echaré un vistazo por toda la casa, para empezar —susurró Phileas.

Martina asintió. Se quedó en el centro del saloncito, tan acogedor y agradable como todo lo que habían visto. Era como si allí dentro el silencio se estuviese haciendo de piedra. Martina se acercó al mueble librería, en uno de cuyos estantes había divisado algunas fotografías enmarcadas. Una de ellas ofrecía la imagen de dos niñas muy sonrientes, tomadas de la mano. Una debía tener ocho años, y la otra diez. «A papá, con todo el amor de Peggy y Susy», rezaba la dedicatoria, que firmaban, obviamente, Peggy y Susy. Cerca de esta fotografía había otra, de una mujer de alrededor de treinta años, rubia, de grandes ojos rientes e inteligentes, y boca gordita, fresca, dulce. «A Pete, mi amor para siempre. Georgina». También enmarcada, otra fotografía, en la que estaban las dos niñas, la linda rubia llamada Georgina, y un hombre, que, evidentemente,

tenía que ser Peter Rawling. Martina lamentó no haberse fijado en el rostro del hombre ahogado que encontró frente a su casa, pero tampoco había que complicar las cosas: por supuesto que sólo podía ser Rawling.

—Venga a ver esto.

La voz de Phileas tras ella sobresaltó terriblemente a Martina, que se volvió respingando.

—¡Qué susto me ha dado! —casi gritó.

—Lo siento... —frunció el ceño Phileas—. Venga conmigo.

Martina siguió a Phileas hasta uno de los dormitorios. En seguida vio el pequeño acuario lleno de pequeños peces de colores, con la luz encendida. Se acercaron ambos. El acuario estaba sobre una mesita especial en un rincón protegido del dormitorio, donde no llegaba la luz del sol ni podía ser alcanzado por corrientes de aire. Contenía quizá una docena de pequeños peces cuya variedad de colores era notable.

—Oh, no —gimió quedamente Martina.

—Tal vez sean sólo peces —susurró Phileas.

—Claro que no... ¡Tienen que ser crías de «ellos»!

—Es extraño entonces que Niklaus no nos pidiera que se los lleváramos.

Se quedaron silenciosos los dos, contemplando los bonitos peces que evolucionaban reposadamente, sosegadamente, en el agua que contenía algas, arenas y algunas pequeñas rocas. Era un acuario muy clásico y decorativo; sin duda había miles como aquél tan sólo en Miami, pero...

—Pero no lo entiendo —murmuró Martina—: él tiene familia.

—¿Quién? ¿Rawling?

—Sí. Volvamos a la sala.

Segundos después Phileas estaba contemplando las fotografías. Aquello no tenía sentido. ¿O estaba todo tan previsto, tan bien preparado, que incluso a los alienígenas metamórficos se les rodeaba de una supuesta familia? ¿O esa familia era real... pero asimismo sus componentes eran también alienígenas? ¿Hasta qué punto se habían introducido ya los alienígenas en la sociedad humana, cuántos eran...?

Phileas miraba a las dos niñas fotografiadas, y a la rubia llamada Georgina, y al grupo de cuatro que parecían formar una feliz familia.

—Tenemos que encontrar la libreta y el emisor-receptor —dijo con voz apenas audible Phileas.

Se dedicaron a ello. Era media tarde. Martina encontró unas cuantas cartas en un cajón de la librería, que repasó rápidamente. Todas ellas las firmaba Georgina, y en algunas aparecían unas frases

escritas por Peggy o Susy o por ambas, enviando sus cariños a papá. Las cartas eran tiernas, de mujer enamorada y discreta. Sólo se lamentaba, aunque no de modo insistente, de que los negocios de él lo mantuvieran tanto tiempo alejado de ella y de sus hijas. Todas las cartas provenían de la ciudad de Boston, nada menos, y la dirección de Georgina era: 1266, Tremont Street.

Aquello no tenía sentido.

¿Cómo podían haber organizado de modo tan perfecto el entorno de un alienígena?

Porque, claro, era evidente que Georgina y sus hijas Susy y Peggy no existían...—Ya lo tengo todo —anunció Phileas entrando en la sala, muy satisfecho.

Fue a colocar sobre la mesita de centro, ante el sofá, una caja metálica, y sobre ella una libreta pequeña, de tapas flexibles. Martina se sentó junto a él en el sofá.

—¿Dónde estaba? —se interesó.

—Simplemente en la mesita de noche. No, no se desconcierte... Está claro que no pretendía darle importancia, y además esto no le puede servir de nada a nadie aunque lo tenga en las manos. La caja metálica no se puede abrir, y en cuanto a la libreta échele una mirada.

Martina así lo hizo. En las páginas sólo había pequeños garabatos que podían ser un sistema personal de taquigrafía o algún sistema formal de comunicación (que ni Martina ni Phileas conocían), si bien lo más probable era lo segundo, considerando que Peter Rawling había sido un extraterrestre... En cualquier caso era verdad que la caja parecía absolutamente hermética, y que no parecía nada fácil descifrar los signos escritos en la libreta.

—Qué extraño es todo esto... —murmuró Martina—. Claro que deben tenerlo todo muy bien organizado, pero... es extraño, tantos pequeños detalles...

—¿A qué se refiere?

—He encontrado unas cartas escritas por Georgina. Ella las escribe, y las niñas ponen al final unas líneas a papá.

—Muy clásico. ¿Qué dicen las cartas?

—Cosas absolutamente normales y corrientes. Al parecer el domicilio fijo de Peter Rawling está en Boston, en el 1266 de Tremont Street, que supongo es una calle que en efecto existe.

—Desde luego que sí. Estuve en Boston en tres ocasiones, hace años... En esa calle está la catedral de San Pablo. Sí, es extraño todo esto. ¿No dicen nada especial las cartas?

—No. Los negocios de Rawling lo tenían alejado de su familia, eso es todo. Pero no menciona qué negocios son. ¡Oh, vamos, todo esto es un montaje, no puede ser cierto que existan esas personas, ni

que vivan en esa dirección de Boston...! Porque si fuese así... Bueno, ellas serían... serían como era Rawling, ¿no?

—Supongo que no podemos dudar sobre eso. Bien, se me ocurre que podríamos hacer una... pequeña comprobación, desde aquí mismo. Podríamos llamar a Boston por teléfono, pero no por línea automática, sino con operadora. Podríamos pedir por la señora Rawling, en el 1266 de Tremont Street... y a ver qué pasa.

—¿Y si ella contesta?

—No sé. Pero podemos suponer que si es lo que pensamos, y si ella realmente existe, ya habrá sido avisada por Niklaus del fallecimiento de su marido.

—Entonces la señora Rawling comprenderá que nosotros estamos obteniendo demasiadas conclusiones. Y hasta quizá no les guste que estemos enterándonos de tantas cosas.

—La señora Rawling no tiene por qué saber que somos nosotros quienes llamamos. Por el contrario, quizá podríamos... engañarla y obtener algún resultado de este engaño.

—¿Qué quiere decir?

—Se me ha ocurrido que podría llamarla y decir que soy, por ejemplo, un amigo de Fishman I... Podría decir que soy Fishman III, a ver qué pasa.

—¡Qué buena idea, señor Wonderline!

Phileas estuvo a punto de corregirla: «Bronco, nena: Bronco Wayne, nada de Wonderline, que es de risa, y menos todavía Phileas, que es nombre de abuelito.»

Recurriendo al servicio de operadora pidieron la llamada con la señora Rawling, domiciliada en el 1266 de Tremont Street, Boston. La conferencia, en domingo por la tarde, no tardó ni el tiempo que necesitó Phileas para encender un cigarrillo, que traspasó a Martina mientras él saltaba hacia el teléfono.

—¿Sí? —exclamó.

—...

—Sí, sí... Gracias. Hola. ¿Señora Rawling?

—...

—Usted no me conoce, señora. Soy amigo de su marido...

—¡...!

—No, no, tranquilícese, todo va bien. Bueno, todo lo bien que es necesario, usted ya sabe.

—...

—¿No lo sabe? Bueno, pensé que estaba al corriente de todo.

—...

—Si no sabe de qué le hablo será mejor que terminemos esta conversación, señora Rawling.

—¿...?

—Ya le he dicho que soy un amigo de su marido. Puede usted llamarme Fishman III... ¿Comprende?

—¡...!

—Mire, yo comprendo perfectamente que por teléfono usted no confíe en mí, pero las circunstancias impiden por el momento que tengamos un contacto directo. A decir verdad, señora Rawling, existe... un cierto peligro que deberíamos buscar el modo de afrontar. Tengo motivos para saber que usted y las niñas disponen de instrucciones para casos de emergencia, ¿no es así? Pues sencillamente cumpla esas instrucciones.

Martina, que había encendido otro cigarrillo y se habla acercado a ponerlo entre los dedos de Phileas, habíase colocado tan cerca de éste, con sus rostros casi tocándose, que podía ahora oír a la señora Rawling. La oyó perfectamente. La mujer estaba asustada, alarmada seriamente,

—¡No entiendo nada de lo que está usted diciendo! —exclamó histéricamente la mujer—. ¿De qué habla? ¿Qué le ha ocurrido a Pete? ¿Quién es usted?

Phileas separó un poco el auricular, y miró a los ojos a Martina que estaba tan desconcertada como él. Seguía oyéndose la tensa voz de la señora Rawling por el auricular y Phileas lo colgó lentamente. La casa quedó como enterrada en silencio.

—Tal vez ella está fingiendo —susurró Phileas.

—Yo creo que no —rechazó Martina.

—Es decir, que Peter Rawling estaba casado con una mujer de la Tierra normal y corriente, con la que había tenido dos hijas... normales y corrientes. ¿Es eso?

—Tal vez la evolución que están buscando haya sido lograda completamente y sólo están esperando... ¡Qué sé yo?

Phileas estaba fumando pensativamente, observado por Martina. Sí, la solución parecía sencilla: Niklaus les había mentido parcialmente. No estaban preparando la invasión de la Tierra, sino que ésta ya *había sido realizada*.

¡La Tierra ya estaba invadida por seres como Rawling, su mujer, sus hijas,..! Es decir, seres terrestres cruzados con seres alienígenas pero evolucionados al sistema y forma de vida de los terrestres... ¿Cuál podía ser el resultado? ¿Qué pretendían real y *definitivamente* los seres de otros mundos?

Cuando terminó el cigarrillo Phileas miró a Martina, que se había sentado en el sofá y le contemplaba de un modo enigmático.

—¿Qué vamos a hacer? -—preguntó en seguida la muchacha.

—Por el momento vamos a complacer a Niklaus: vamos a tirar esta libreta y la caja metálica al mar, frente al embarcadero de nuestra zona. Salgamos de aquí.

Así lo hicieron pocos segundos después, por la puerta, sin tomar ninguna clase de precauciones, olvidados incluso de que salían de cometer un acto ilegal, como era el de allanamiento de morada.

Se dieron cuenta de su tremendo error inmediatamente, cuando, de pie en el extremo del sendero de losas rosas, con un cigarrillo colgado de los labios, y en éstos una sonrisilla socarrona y al mismo tiempo amenazadora, vieron al sargento Gruson, del Pólice Department.

CAPITULO VII

—Vaya... —saludó amablemente el policía—. ¡Que me rapen la cabeza si no estoy viendo al señor Wonderline y a la señorita Parks! ¿Qué tal? ¿Cómo les va?

Martina y Phileas se habían detenido, ella tomándose instintivamente de un brazo de él. «Nena, tranquila, que aquí está Bronco Wayne... ¡Pero la Policía nos ha atrapado, Bronco... ! Nada, tú tranquila, que Bronco arregla las cosas en un abrir y cerrar de ojos... ¡Oh, sí, Bronco, yo sé que tú eres el mejor, el más fuerte, el más listo, el más maravilloso!» —Pero bueno —sonrió de oreja a oreja Gruson, ante el silencio y la inmovilidad de la pareja—: ¿es que no van a saludar a un viejo amigo?

—Escuche —masculló Phileas—, deje de dárselas de gracioso, ¿de acuerdo? O de listo. Porque se cree usted muy listo, ¿verdad?

Gruson frunció el ceño. Luego comenzó a caminar hacia ellos, diciendo:

—No sé si soy muy listo, señor Wonderline... pero ustedes están aquí, cometiendo juntos un acto ilegal... y yo también estoy aquí, descubriéndolos. No sé si me entienden. —Por mucho que usted crea saber no sabe nada de nada.

—Es posible —replicó fríamente el policía— pero lo sabré dentro de poco, en el Departamento. A menos que ustedes se nieguen a acompañarme allá, cosa que me parecería una completa necedad. Es bien cierto que estoy solo, que he dedicado mi tarde festiva a seguir trabajando, a mi aire y siguiendo mis intuiciones, pero sin duda ustedes ya han comprendido que si yo he localizado a Peter Rawling no lo he hecho solo: el Departamento lo localizó.

—¿De qué modo?

—Vayamos a mi coche —señaló Gruson hacia la calle—. Y por favor, nada de tonterías. ¿Qué lleva usted ahí, señor Wonderline?

—¿No quiere decirme cómo localizaron a Rawling?

—No fue tan complicado. Se me ocurrió que podía vivir cerca de ustedes, ser alguien conocido, y acerté. Fuimos preguntando por

el cayo, hasta que alguien nos dijo haberle visto entrando y saliendo de esta casa.

—¿Ha hablado usted con su esposa?

—Todavía no. Hemos preferido avisar a nuestros compañeros de Boston para que se interesen por ella discretamente. Es que... No sé, hay algo raro en todo esto, señor Wonderline. ¿Sabía usted, por ejemplo, que al señor Rawling le faltan las huellas en dos dedos de una mano y tres de la otra?

—No, no lo sabía... pero no me sorprende.

—¿Qué dice que le falta? —exclamó Martina.

—Las huellas dactilares, las marcas de la piel. En cinco dedos su piel es completamente lisa, pero no por quemaduras o cualquier otra clase de accidente, como nos hemos encontrado en otras ocasiones, sino de modo... natural. Nunca antes habíamos visto un caso parecido. En cambio, el señor Wonderline si debe haber visto otros casos, ya que no le sorprende,

—Supongo que los peces no tienen huellas dactilares —deslizó suavemente Phileas.

Estaban ya en la avenida. Gruson se detuvo, y se quedó mirando a Phileas fijamente.

—Los peces no tienen huellas dactilares... —murmuró—. Bueno, nunca se me ocurrió tomárselas a ninguno. ¿A usted si, señor Wonderline?

—Nosotros, sargento, podemos facilitarle a usted una información suficiente para provocarle un desmayo. Pero no en el Departamento.

—¿Dónde, entonces?

—Camino de casa. Tenemos que tirar estas dos cosas al mar, dentro de una bolsa de plástico. Por cierto, que no sé dónde vamos a conseguir una bolsa de plástico adecuada para...

—Yo tengo en casa una máquina para cerrar herméticamente bolsas —dijo Martina—. Suelo utilizarla para poner cosas en el frigorífico.

—Caramba —le sonrió Phileas—, ¡usted tiene muchas cosas en su casa, señorita Parks!

—Oigan —dijo Gruson—, que estoy yo aquí. Y puedo asegurarles que no vamos a ir a la casa de nadie, sino directamente al Departamento.

—Como usted quiera —accedió fríamente Phileas—, pero está eligiendo el peor camino para enterarse de la verdad de las cosas más asombrosas que habrá escuchado en toda su vida. De verdad: si yo fuese usted aceptaría mi propuesta, y nos reuniríamos en mi casa para charlar, tomando un whisky.

—No tengo whisky —declaró Martina.

—Vaya, menos mal que hay algo que no tiene —sonrió Phileas —. Yo sí tengo. Esta es mi propuesta, sargento: vamos cada cual en su coche a mi casa, la señorita Parks se acerca a la suya a embolsar esta libreta y esta caja, y mientras tanto nosotros preparamos los whiskies y charlamos del asunto… ¿Qué le parece?

Ciertamente, Gruson no era un genio de la investigación policial, pero tampoco era tonto, y la prueba estaba en que se hallaba allí. Y, por encima de todo, tenía un olfato que las experiencias de toda clase habían desarrollado mucho. De modo que, tras mirar detenidamente a Phileas y a Martina hizo un gesto afirmativo y murmuró: —De acuerdo. Vamos allá.

* * *

Martina Parks vio por el retrovisor los dos coches deteniéndose delante de la casa de Phileas, mientras ella seguía hacia la suya. Todavía vio a los dos hombres apearse de su respectivo automóvil, y acercarse a la casa. Ella continuó hacia su chalé, llevando en el asiento contiguo la caja metálica y la libreta.

Aunque era perder el tiempo, pues en cuanto Gruson supiera de qué se trataba querría romper la bolsa de plástico y ver el contenido de la libreta y examinar el emisor-receptor. En cuanto a la clave de la libreta, seguramente diría que en el Pólice Department disponían de personal capacitado para descifrarla. Y hasta para abrir la caja metálica.

Se encontró delante de su vivienda, distraída. Apagó el motor del coche, pero lo pensó mejor, dio de nuevo el encendido y metió el vehículo en el garaje anexo al lado izquierdo de la casa vista de frente. Tampoco en Silver Lane se veía un alma. Era un lugar habitualmente tranquilo, y los domingos se convertía en soporífero.

Recogió la caja metálica y la libreta, se apeó, y, utilizando la puertecilla lateral interior, entró en la casa por un lado del vestíbulo. Se fue directa a la cocina, caminando rápidamente. Sus pisadas resonaban en la casa como pistoletazos. Había una luminosidad de sol lejano y tibio, y, al mismo tiempo, una fresca sombra proporcionada por las persianas casi completamente cerradas.

Martina entró en la cocina, y se colocó ante el aparato que cerraba herméticamente las bolsas de plástico donde a veces introducía alimentos que deseaba conservar varios días, lo cual era frecuente, ya que sólo iba al supermercado una vez a la semana. Tal vez fuese muy romántico ser ama de casa, y pasarse la vida comprando cosas y cocinando, pero ella no sentía la menor inclinación por estas actividades tan supuestamente femeninas. A ella lo que le gustaba…

De pronto quedó inmóvil, estuvo así unos segundos, y luego, lentamente, alzó la cabeza.

No estaba sola.

Estaba en su casa, que había encontrado cerrada, y donde no tenía que haber nadie, pero ella sabía que no estaba sola.

Un lento y largo estremecimiento recorrió su cuerpo desde la nuca a los talones. Se controló, manipuló para embolsar la libreta y la caja metálica, y se movió intentando hacerlo con toda naturalidad, acercándose al teléfono supletorio colocado entre la puerta y el horno. Por un momento pensó que todo eran aprensiones suyas, que estaba haciendo la tonta, pero de nuevo percibió aquella sensación que le pareció espantosa: era como... un hálito helado que se clavara en sus carnes como miles de afiladísimos alfileres, y que de nuevo le produjeron el profundo estremecimiento.

Descolgó el auricular del teléfono, y marcó el número de Phileas Wonderline, pulsando rápidamente las teclas. ¿Que cómo conocía la señorita Parks el número telefónico del señor Wonderline? Pues porque estaba en la guía. ¿Que por qué se había interesado la señorita Parks por buscar en la guía telefónica tiempo atrás el nombre y teléfono de su vecino? Pues porque su vecino...

Oyó el timbrazo de la primera llamada en el teléfono de Phileas.

Y al mismo tiempo, procedente del vestíbulo aparecía ante ella, en la puerta de la cocina, Metax One.

Martina Parks se sobresaltó tantísimo que el auricular escapó de su mano, mientras ella retrocedía vivamente lanzando una exclamación pura y simplemente de espanto. El teléfono quedó colgando, oscilando... Metax One, cuyo silencio era sencillamente insoportable.

Se estaba oyendo otra llamada en el teléfono de Phileas.

—No debe asustarse de mí... —susurró Metax One—. No tengo intenciones de hacerle el menor daño, señorita Parks. Por el contrario: la amo, puede usted comprobarlo.

Martina estaba aterrada, pero ahora también desconcertada. ¿La amaba? ¿Podía comprobarlo? ¿Cómo la amaba, que quería decir, era posible comprobarlo?

Y de repente vio el sexo de Metax One. Por un instante no supo lo que estaba viendo, sólo distinguió una especie de órgano rojo hacia la mitad de su cuerpo. Un órgano alargado y terminado en punta, tan rojo que parecía algo encendido, o al rojo vivo… Martina intentó decir algo, pero sólo consiguió un tartamudeo, un chocar de mandíbulas. Sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas.

—Me enamoré de usted en cuanto la vi —susurró Metax One—, así que deseo llevarla conmigo a Fishhome One, para que sea mi compañera. Si usted supiera...

—Diga —se oyó lejana la voz de Phileas Wonderline en el todavía oscilante auricular—. Si, diga. ¡Diga!

Martina Parks abrió la boca como si todo su rostro fuese a desencajarse, y gritó. Gritó con toda su fuerza, pero ni siquiera durante un segundo, porque una mano-zarpa de Metax One cayó sobre su boca, tapándola brutalmente, ahogando todo sonido. Con el otro brazo Metax One rodeó el cuerpo de la muchacha; es decir, lo intentó, pues era demasiado corto, y todo lo que consiguió fue, en su intento de abrazo, rasgar con las uñas el vestido y la piel de Martina a la altura de la espalda. Martina vio aquel rostro a pocos centímetros del suyo, vio aquella enorme boca abriéndose, mostrando las hileras de espantosos dientes… Los ojos de la bella rubia giraron en las órbitas, hubo como una relajación y descolorimiento total en sus facciones, y perdió el conocimiento, desplomándose al suelo, dejando al descubierto sus hermosas piernas, sus graciosas braguitas, algunos rizos dorados de vello sexual…

—¿Quién es? —insistía Phileas—. Diga. ¿Qué ocurre ahí?

Una mano-zarpa de Metax One agarró el auricular y lo colocó en su soporte.



Clic, oyó Phileas por toda respuesta a sus requerimientos, Unos pasos más allá, en la mano el vaso de whisky que todavía no había tenido tiempo de probar, el sargento Gruson le contemplaba expectante.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Phileas le miró, con expresión ausente. Se pasó la lengua por los labios, despacio. Gruson dejó el vaso de whisky sobre la mesita de centro, muy serio. Phileas colgó el auricular, y su mirada pareció concretarse. Apareció en sus ojos un gesto de alarma.

—¿Y si fuese ella? —exclamó.

—¿Quién?

—Martina Parks. La que ha gritado.

—¿Quién ha gritado? ¡Eh! ¿Qué hace? ¿Adonde…?

Phileas no le hacía el menor caso. Había echado a correr, y Gruson optó por seguirlo a toda prisa. Salieron los dos por la puerta de atrás, directos a la playa, y Phileas se dirigió hacia el chalé de su rubia vecina, alzando surtidores de fina arena con sus rápidas zancadas. Gruson le seguía a toda prisa, maldiciendo por el polvo que le hacía tragar Phileas.

Y tal vez fue ese polvo lo que le jugó una mala pasada al sargento Gruson. Al menos eso creyó él, de momento. Estaban ya

muy cerca de la casa de la señorita Parks cuando vio salir a la señorita Parks. Mejor dicho, vio su rubia cabellera en alguna parte, pero no en posición normal...

—¡Suéltela! —oyó el grito de Phileas.

El policía se detuvo, más que nada para poder ver mejor lo que ocurría, sin la molestia del polvo que alzaba Phileas Wonderline. O quizá todavía había mucho polvo, y por eso no podía ver bien. Si, debía ser por el polvo que le estaba pareciendo ver un... ¡Qué barbaridad, qué tontería! ¿Cómo iba a estar viendo un tiburón erguido y cargando con la señorita Parks?

A su derecha, Gruson vio algo moverse. Giró la cabeza, y toda la sangre de su cuerpo quedó fría, paralizada.

—Oh, Dios —alentó apenas.

No podía moverse. Ola los gritos de Phileas Wonderline, y estaba viendo aquellos tiburones que habían aparecido del mar y corrían hacia la casa de la señorita Parks. Santo Dios, estaba viendo tres o cuatro tiburones sobre sus cortas piernas, corriendo por la arena... El sargento Gruson tenía la sensación de estar presenciando una escena en la que se le tenía prohibida la intervención; aunque no hacía falta, porque no conseguía moverse.

Estaba viendo a Phileas Wonderline lanzando puntapiés contra otro tiburón más enorme, aquel que había visto cargando con la señorita Parks, la cual yacía ahora en el suelo. El gigantesco tiburón erguido emitía unos sonidos que parecían mojados, y los cuatro que habían salido del mar corrían hacia él. Gruson comenzó a entender los gritos. Los tiburones estaban hablando en inglés. Dos de ellos estaban intentando destrozar a dentelladas a Phileas Wonderline, que los mantenía a raya a puntapiés al vientre. Derribó a uno de ellos, mientras el más grande de todos cargaba nuevamente con la señorita Parks y echaba a correr hacia la playa, de un modo grotesco, horripilante, espeluznante...

—¡Gruson! —aulló Phileas—. ¡Gruson, no permita que se la lleve...!

El sargento de la Policía reaccionó por fin. Le parecía que todo era un sueño, o una insólita película a cámara lenta en la que, poco a poco, él iba a poder tomar parte. Sacó su revólver de reglamento, apuntó al tiburón que corría cargado con la señorita Parks y... no se atrevió a disparar, pues Martina podía muy fácilmente recibir la bala.

Y de repente, uno de los tiburones agredió a Gruson, Comenzó a correr hacia él, gritando, agitando sus cortos brazos. Aldo Gruson vio acercarse aquel monstruo, vio sus ojos negros como placas de cristal viejo y blando, sus fauces triplemente armadas, y sintió un violento escalofrío, un puro y simple ramalazo de miedo.

El tiburón estaba a menos de cuatro metros de Gruson cuando éste apretó el gatillo de su revólver.

El disparo sonó fuertemente en el solitario lugar. El tiburón se detuvo, alzó sus cortos brazos, profirió un espeluznante lamento, y dio un par de pasos más hacia Gruson, que volvió a disparar. Pareció que los negros ojos de viejo y blando cristal se apagaran, se pudrieran de súbito. Ante los atezadísimos ojos de Gruson el tiburón se convirtió de repente en un hombre desnudo, que se desplomó hacia él, quedando de bruces en la arena. El policía comenzó a tartamudear, y volvió su desorbitada mirada hacia Phileas, que acababa de desembarazarse de otro de los tiburones y corría hacia el que portaba a la señorita Parks, que en aquel momento se introducía en el agua con la muchacha.

—¡Martina! —aulló Phileas—. ¡Señorita Parks...!

Aldo Gruson vio a los restantes tiburones corriendo en pos de Phileas, pero no para atacarle, sino para introducirse en el mar, desapareciendo rápidamente. Ahora, ante los ojos de Gruson sólo quedaba Phileas Wonderline, que se había metido en el mar hasta la cintura, lanzando amenazas que el policía no entendía...Como no entendía lo que había pasado. Santo Dios, había tenido alucinaciones, y había matado a un hombre pensando que era un tiburón... ¡Un tiburón fuera del agua, gritando en inglés, atacándole...! ¿Cómo había podido tener una alucinación semejante?

Vio a Phileas corriendo hacia la casa de la señorita Parks, dentro de la cual desapareció. Gruson se arrodilló junto al hombre muerto, y se quedó mirando su rostro de perfil, parcialmente hundido en la arena. Esto le iba a traer complicaciones, desde luego. Por muy policía que fuese... Pero, ¡qué extraño, aquel hombre también estaba desnudo, como Peter Rawling! Y Peter Rawling había tenido en la mejilla un destrozo que...

—¿Se va a quedar aquí? —oyó.

Alzó la cabeza y se quedó mirando a Phileas, que estaba lívido, y tenía en las manos una bolsa de plástico.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —balbució Gruson.

—Eso que usted está viendo no es un hombre, sino un alienígena.

—¿Un qué?

—Un extraterrestre. Nos han invadido... ¡Malditos sean, están en todas partes, pero yo quiero a Martina, y ese asqueroso no se va a quedar con ella! ¿Viene conmigo o se queda?

—Pero... ¿adónde piensa ir?

—A Fishhome One. Escuche, sargento, no tengo tiempo que perder, pues quiero llegar allá antes que Metax One. Quiero esconder esto —mostró la bolsa de plástico con la libreta y la caja

metálica—, y luego quiero ir allá a exigir que me entreguen a la señorita Parks. ¡Nosotros hemos cumplido el trato, no tienen derecho a llevársela!

Gruson se irguió, lentamente, pasándose una mano por la frente. Ni siquiera podía culpar al sol de sus turbios pensamientos, porque la tarde iba apagándose, el sol ya no quemaba.

—Pero... no podemos dejar aquí a este hombre...

—¡Dígame ya si me acompaña o no! ¡Y déjese de tonterías, ya le he dicho que esto no es un hombre, sino un ser de otro planeta que ha alcanzado la Gran Evolución1 ¡Maldita sea, Gruson, váyase al infierno, lo haré solo!

Phileas echó a correr, y Gruson, tras sacudir la cabeza, partió de nuevo en pos de él. Cuando saltó a la lancha, Phileas ya la habla puesto en marcha, pareció esperar a que él recuperase el equilibrio, y zarpó inmediatamente.

—¡Malditos sean! —gritó Phileas Wonderline—. ¡Como no me devuelvan a mi chica inmediatamente se van a enterar de quién es Bronco Wayne!

CAPITULO VIII

Finalmente, la lancha quedó inmóvil sobre las aguas, tras haber navegado los últimos metros a motor parado. La transparencia de las aguas era total, bellísima. Aldo Gruson había conseguido serenarse, pero, en el fondo, continuaba pensando que lo más probable era que Phileas Wonderline se hubiera vuelto loco y él había padecido alucinaciones. Porque... ¿podía admitirse como cierto todo lo que Wonderline le había explicado?

—No veo ningún pez —dijo—. ¿Está seguro de que...?

—Estoy seguro de que no estoy loco —le miró aviesamente Phileas—, y de que éste es el sitio. Y. también estoy seguro de que ellos saben que estamos aquí. Y hasta quisiera estar seguro de que Metax One todavía no ha llegado con Martina. Por rápido que sea un tiburón creo que una lancha lo es más, ¿no?

—Supongo que sí —contestó el atónito policía—. Escuche, Wonderline, si es cierto que ese... ser está acercándose por aquí debajo del agua lo seguro es que la señorita Parks debe haber muerto ahogada, ¿no le parece?

—No. Le vi cómo la miraba antes... La quiere para él. ¡Maldito sea, que se acueste con las hembras de su planeta... o con una tiburona! Pero no... Ya sé lo que quiere: tener a Martina para cuando su estado metamórfico sea de hombre terrestre hacer el amor con ella... ¡Y no tiene mal gusto, el maldito!

Gruson asintió, más bien porque no sabía qué otra cosa hacer.

—O sea —dijo—, que cuando sea tiburón hará el amor con una hembra de esa especie, y cuando sea persona terrestre lo hará con la señorita Parks... Sí, entiendo. Pero... ¿cómo son ellos en realidad, cuál es el aspecto real de estos seres, de dónde han venido...?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que se reproducen por huevos. La gruta estaba llena de montones de huevos, en el fondo. Cabe suponer que ahí es donde transportan sus embriones desde... desde donde sea. O tal vez, simplemente, sean huevos de pez... o de cualquier pez de estas aguas. Podría ser.

Gruson volvió a asentir. No se le ocurría nada. Ni siquiera cómo era posible que la señorita Parks llegase viva a Sands Key después de viajar doce millas aproximadamente bajo el agua. Hacia el sur se veía la larga línea de los cayos, con su carretera siempre transitada. Por el cielo parecían deslizarse dos gaviotas blancas y grises.

—Pero escuche —volvió a ponerse mentalmente en marcha el policía—, ¿qué podemos hacer nosotros si esos seres están bajo el agua? Ni tan siquiera podremos verlos, si ellos no quieren. Por mi parte...

La lancha se movió, y Gruson volvió vivamente la cabeza hacia su derecha. Se atragantó con su respingo, y de nuevo sus ojos se desorbitaron para mirar aquella enorme cabeza de pez con rasgos humanoides. Phileas había lanzado una exclamación, y ahora señalaba la cabezota de pez casi humana.

—¡Quiero a Martina! —exigió Phileas---. ¿Me oye bien? ¡Y como le haya ocurrido algo a ella van a tener en mi a su peor enemigo! ¿Está claro?

Gruson ya no se sorprendió demasiado cuando oyó hablar al pez:

— ¿Qué ha ocurrido, señor Wonderline?

—Metax One ha secuestrado a la señorita Parks. Debe estar a punto de llegar aquí, para llevársela con él a su guarida. Y se lo repito, Fishman I: si no me devuelven a Martina las cosas se van a complicar mucho para todos.

Fishman I seguía aferrado con sus cortos bracitos a la borda. Junto a él aparecieron sus dos compañeros, mientras más atrás, en el agua, Aldo Gruson vela aparecer los torsos de dos sirenas, o algo parecido, que lo dejaron sencillamente turulato. Entonces... ¡era verdad todo cuanto le habla explicado Phileas Wonderline!

—¿Tiene usted la caja metálica y la libreta de Rawling, señor Wonderline? —pidió Fishman I.

—La tengo, pero bien escondida. Y si no me devuelven a Martina voy a llevarlo todo a la Policía, o al FBI, o a quien sea, y puede estar seguro de que descifrarán sus signos, por extraterrestres

que sean.

—No son extraterrestres —rebatió Fishman I—. Peter Rawling usaba una taquigrafía particular, pero terrestre, desde luego.

—¿Por qué «desde luego»? ¡A fin de cuentas él era extraterrestre, como sin duda lo son su mujer y las hijas de ambos...!

—Claro que no, señor Wonderline. Peter Rawling era un terrestre que estaba realizando gestiones de proselitismo en el continente. Se le había asignado una determinada zona del sur de Florida, para que... reclutara personas de gran talento, con el fin de proponerles su integración en la Gran Evolución.

—No comprendo... lo que dice ahora.

—Es lo mismo que debo proponerle a usted: que se integre en la Gran Evolución. Ya sabe usted que había sido seleccionado, y ahora simplemente insisto en proponérselo.

—Pero... ¿de qué demonios está hablando?

—Con su permiso... tengo que volver... unos minutos al agua... o empezaré a tener... dificultades... Vuelvo en seguida, se... ñor Wonderline...

Fishman I se dejó caer al mar, y lo mismo hicieron sus dos compañeros. Las dos sirenas también habían desaparecido. Gruson ya no sabía ni cómo ponerse. Por fin, masculló:

—Estoy seguro de que acabo de oír hablar a un pez de enorme cabezota. Y hasta le he oído decir que Peter Rawling no era extraterrestre. De donde se desprende que usted me ha mentido, Wonderline.

—Yo no le he mentido. Si le he dicho algo inexacto ha sido porque así me lo dijeron a mí. Mire, Gruson, no me cabree, ¿de acuerdo? ¡No estoy para tonterías!

—A mí no me parece una tontería todo esto —murmuró el policía.

—Déjeme en paz. Por mucho que hablemos nosotros no vamos a solucionar nada. ¿Dónde demonios se ha metido ese maldito Fishman I?

Este, reapareció a los pocos minutos, y de nuevo quedó colgado en la borda. Las sirenas también reaparecieron. Era fascinante observarlas moverse con tanta gracia de un lado a otro, apareciendo y desapareciendo, lanzando su cola bellísimos reflejos de sol poniente.

—¿Le gustan a usted nuestras amigas sirenas, sargento Gruson? —preguntó amablemente Fishman I.

—¿Eh...? Oh, sí. Sí, sí. ¡Son encantadoras!

—Son dos jovencitas de Miami que aceptaron integrarse en la Gran Evolución. Se les propuso adoptar esa forma marina, y ellas aceptaron. Estaban podridas de drogas, sargento. Ahora son felices.

—¿Me está diciendo que esas sirenas eran dos chicas... terrestres normales y corrientes?

—En efecto. El señor Wonderline llegó a Fishhome One con una idea... estereotipada de las cosas extraordinarias, y nosotros no quisimos sacarle de su error, por el momento. Ya comprendemos que para cualquier terrestre todo esto tiene que parecer cosa de otro mundo, de otros seres, cosas de ciencia ficción. Sin embargo, todo es muy simple: no hay en todo el planeta Tierra un solo extraterrestre.

—Pero los huevos que yo vi... —empezó Phileas.

—Eran productos de nuestras manipulaciones, señor Wonderline. Les repito que no hay en el planeta Tierra nada que sea ajeno a él, no hay ningún ser extraterrestre, ni nada parecido. Todo es de aquí. En cualquier caso, todo el universo es de todos los seres que lo habitan, todo es de todas las manifestaciones de vida, pero insisto en que en la Tierra sólo hay seres de la Tierra.

—Eso significarla que usted lo es, que es un terráqueo... como yo.

—Naturalmente que soy un terráqueo como usted. Es decir, lo era: ahora me he integrado en la Gran Evolución, he dejado de formar parte de la actual Humanidad para pasar a formar parte de las bases de la futura. Se lo diré de otra manera: estamos realizando la Gran Evolución... al revés.

—Al revés —repitió Phileas, que no entendía todavía.

—¿De dónde procede el ser humano, señor Wonderline?

—¿El ser humano? Pues...

—Del mar. Del mar, señor Wonderline. De él llegamos, y a él queremos volver.

Aldo Gruson se llevó las manos a la cabeza.

—Madre mía... —jadeó.

—Su madre es la mar, sargento Gruson —le miró Fishman I—. Su madre ancestral, naturalmente. El ser humano fue engendrado en el mar, con otra forma y otros sistemas de desarrollo vital. Efectuó una lenta evolución, que llevó varias especies a vivir en tierra firme. Ahora, volveremos al mar. Pero no por un capricho absurdo, sino por simple necesidad. Hemos de prepararnos para volver al mar, porque dentro de cincuenta años como máximo no será posible vivir en la tierra firme sin quedar afectados por el gran deterioro genético que se producirá debido a todos los inventos y maquinaciones del Hombre: bombas, virus, pesticidas, poluciones de todas clases... La atmósfera será irrespirable, las enfermedades de toda clase pudrirán los cuerpos, las perturbaciones mentales degenerarán los cerebros, y así, poco... a poco... se irá produciendo... el exterminio total... del ser que un día... salió del mar... para... reinar... en la tierra...

Fishman I desapareció, y lo mismo sus compañeros y las dos

sirenas. Gruson y Phileas se miraron, en silencio. Los dos estaban pálidos, porque por fin comprendían los dos. Sin embargo, no dijeron nada, ni se movieron. Cuando reaparecieron Fishman I y sus amigos los dos hombres seguían igual.

—Estoy seguro —prosiguió Fishman I— que en estos minutos ustedes han reflexionado y comprendido. Aquí, en este logar, se iniciaron los secretísimos experimentos genéticos destinados a conseguir que la especie humana se refugiara donde estará a salvo de todo. Al menos, una parte de la especie humana. Porque han de saber que el mar todavía tiene recursos y defensas contra tanta y tanta podredumbre como le están echando. El mar es tan fuerte, tan rico en todo, especialmente en vida y gérmenes de vida, que ni siquiera el ser humano podrá deteriorarlo completamente, haga lo que haga. Y ello, básicamente, porque ya no tendrá tiempo: antes de poder disponer de tiempo para matar el mar, el ser humano se habrá matado a si mismo. Por eso, para cuando la Humanidad fenezca y desaparezca con asco y desprecio de sí misma, convertida en basura abominable, nosotros, los elegidos, los que nos hemos integrado en la Gran Evolución, seguiremos viviendo... bajo las aguas, como fue en nuestro origen. Y quién sabe, señor Wonderline, quizá dentro de otro millón de años nuestros descendientes repitan el ciclo, realicen otro grandioso proyecto y regresen a un planeta que ya estará de nuevo habitable, que ya será... como fue al principio, como... tuvo que haber... sido siempre... Y para ello, estamos... integrando a todos los hombres».. y mujeres... que tienen una valía intrínseca... y que aceptan... volver a la mar, la madre... de toda la vida...

De nuevo desapareció Fishman I.

La lancha se movió al poco, cuando había transcurrido menos tiempo que las veces anteriores... y apareció la cabezota de Metax One en la borda. Phileas lanzó una exclamación, pero antes de que pudiera hacer nada, Metax One ya estaba a bordo, mostrando su triple hilera de dientes, jadeando:

—Nunca recuperarás a la señorita Parks... ¡Ni tampoco volverás a ver vivo a Fishman I, porque acabo de matarlo bajo el agua! Sé que tú has sido uno de los elegidos, pero yo no voy a permitirlo, porque querrías tener a la señorita Parks, y la deseo para mi. De modo que voy a mataros a vosotros dos, hundiré la lancha, y nunca nadie volverá a saber de vosotros.

—Maldito asesino... —barbotó Phileas—. ¡Si lo que me ha contado Fishman I es cierto, tú serás expulsado de la Gran Evolución!

—Claro que no —rió de un modo horripilante Metax One—, porque yo seré pronto el rey de la nueva evolución, yo eliminaré a todo aquel que se oponga a mis deseos y proyectos, yo seré el gran

primer rey de la gran primera evolución. ¿O crees que había de conformarme con ser simplemente el jefe de los metamórficos? ¡Yo seré...!

¡Crack, crack, crack!, disparó el sargento Gruson.

Metax One se estremeció blandamente las tres veces, de su pavorosa boca brotó aquella especie de blando bramido, y comenzó a oscilar. Sus ojos de cristal viejo y podrido reflejaron el sol del ocaso con un tono siniestro, se movieron velozmente de un lado a otro, y luego, lentamente, comenzó a caer hacia atrás, hasta caer al agua. Gruson no se movió, pero Phileas se apresuró a asomarse por la borda...

Quedó horrorizado.

A través de las transparentes aguas vio el cadáver de Fishman I manteniéndose entre el fondo y la superficie, panza arriba, mostrando el tremendo destrozo que las dentelladas de Metax One le habla inferido, matándolo. Pero no fue esto sólo la causa de su horror, sino el tremendo espectáculo que presenció. Tremendo, increíble y brevísimo: habían aparecido miles y miles de peces metamórficos, peces como había sido Peter Rawling, y estaban atacando en masa, y devorando vivos a los compañeros de Metax One, e incluso el cadáver de éste. Durante apenas un minuto las aguas parecieron hervir en rojas burbujas, en relucientes dientes, en ojos muertos, en tripas que eran devoradas al instante...

Y luego, todo volvió a la calma, a la nada, al silencio y la quietud. Las aguas volvieron a ser transparentes, los peces desaparecieron, todo quedó quieto, tranquilo.

—Dios bendito —susurró Aldo Gruson.

Phileas tragó saliva. Estaba viendo unos destellos bajo el agua que le resultaron familiares. Y lo eran. Pronto identificó a las dos sirenas, y, entre ellas, el cuerpo inerte de Martina Parks, que llevaba colocado el tubo de aire. Las sirenas emergieron, y Phileas y Gruson se apresuraron a hacerse cargo de Martina, que depositaron en cubierta. Phileas le quitó el tubo de aire y la boquilla, y auscultó su corazón. Gritó de alegría cuando percibió sus latidos. No prestaba atención a nada ni a nadie, solamente a la rubia del descapotable que siempre le pasaba dejando en el aire un relámpago de oro, un encanto de mujer, una invitación a la vida...

Por su parte Aldo Gruson escuchaba no poco impresionado las palabras de una de las sirenas:

—Seguiremos escondiéndonos de ustedes, y seguiremos eliminando a aquellos de nosotros que se aparten del objetivo de la Gran Evolución, como hemos hecho con Metax One y sus cómplices. La violencia sin justificación de supervivencia no está justificada en nosotros, los seres de ese grandioso proyecto; de modo que ustedes

pueden marchar, no deben temer nada. Solamente, cuando se serenen, piensen qué les conviene más: decir que existimos y que nos busquen inútilmente por nuestro reino, el mar, o guardar silencio, proponerse ser mejores, ser de los elegidos, y esperar el momento en que serán llamados para integrarse en la Gran Evolución.

ESTE ES EL FINAL

—¿Quién es?

—Bronco Wayne.

La puerta se abrió, dejando visible a Martina Parks y su rostro de expresión desconcertada.

—¿Quién...? ¡Phileas!

—Nada de Phileas. Soy Bronco Wayne,

Martina Parks frunció el ceño.

—Me parece que ya anteriormente pronunciaste alguna vez ese nombre, pero no entiendo qué significa... ¿Cómo han ido las cosas con Gruson? ¿Lo habéis podido arreglar todo?

—Sí. Es un viejo zorro, que ha sabido montar una mentira satisfactoria. Pero yo no he venido aquí a hablar de eso, sino a decirte que soy Bronco Wayne, nena.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que me he dado cuenta de que estoy loco por ti y que vengo dispuesto a matarte a besos, mordiscos, pellizcos y demás.

—¿De verdad? —exclamó Martina Parks—. ¿Quieres decir que ya no harás más el imbécil?

Cerró la puerta y se quedó mirando a Phileas, que estaba boquiabierto.

—¡Cómo, el imbécil! —protestó—. ¡Yo no he hecho el imbécil!

—Desde luego que sí lo has hecho —dijo Martina, enfurruñada—. Hace meses que somos vecinos y es la primera vez que vienes a visitarme con buenas intenciones y además a la hora de la cena, para luego quedarnos juntos toda la noche haciendo el amor hasta morir de gusto. Porque has de saber que eso es lo que estoy deseando desde que te vi, pedazo de tonto, y por eso te hacía las pasadas en coche, y ya no sabía qué hacer para llamar tu atención, de modo que hasta estaba pensando en pasearme por la playa ante tu casa con los pechos al aire... ¡Y ahora, cuando estoy casi muerta de ganas de que te acuestes conmigo, vienes a decirme esas tonterías de los besos y los pellizcos!

—Caray... —tartamudeó Wonderline—. ¡Caray!

—Oh, Phileas —susurró Martina, abrazándose a su cuello—, por favor, ¡no me hagas esperar más!

—Nada de Phileas —insistió éste—. Nena, soy Bronco Wayne... ¡Y te vas a enterar en seguida de cómo las gasta Bronco Wayne!

FIN



PUNTO
ROJO
intriga...
PUNTO
ROJO
ROJO
misterio...
ROJO
suspense...
ROJO
acción...
ROJO